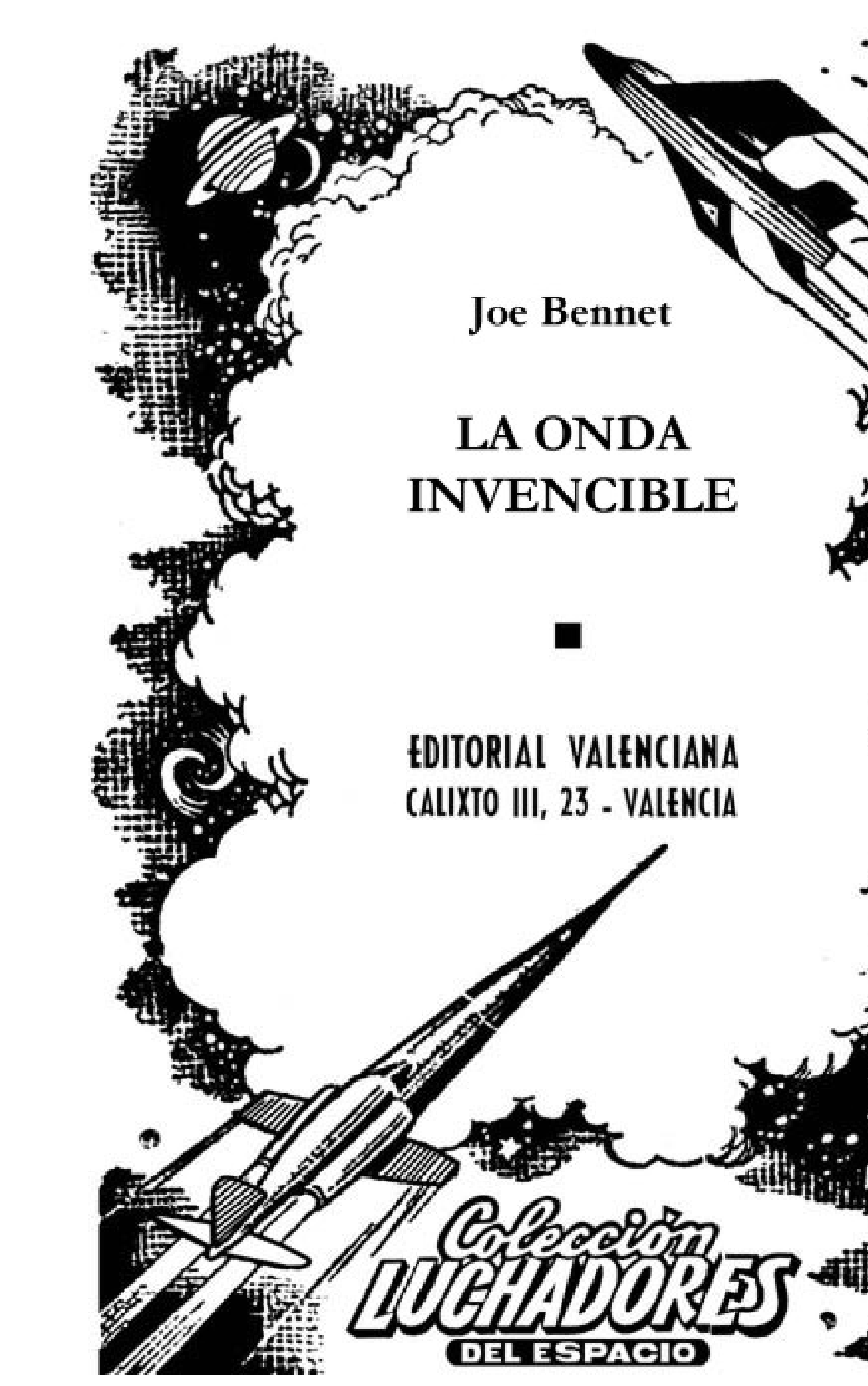

LA ONDA INVENCIBLE
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
Ibañez


Joe Bennet
LA ONDA
INVENCIBLE
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



INTRODUCCIÓN

Presentamos una novela de *science-fiction* realmente alucinante. Algo nuevo, imborrable, para el lector de habla española.

Sin violencias, con trazo seguro y medido, Joe Bennett nos muestra un diabólico mundo del futuro donde las ambiciones caminan por la más equivocada de las sendas. El Hombre ha llegado en sus inventos más allá de lo tolerable. Al caos.

No creemos aventurado suponer que nunca hasta ahora se ha publicado en nuestro país algo tan simbólico y expresivo dentro de su sencillez narrativa. Los bibliófilos que gusten de auténtica fantasía sabrán valorar, después de leído, el volumen que ahora tienen en las manos. No lo olvidarán con facilidad.

Desarrollo, proyección temática y contenido escapan a los patrones de la vulgaridad, a todos los cauces trillados y conocidos. Estamos seguros de que ésta será novela de discusión.

Es un martillazo, fríamente calculado, para la mente y para los nervios del lector. Que cada uno piense y deduzca. Quizá después de algún tiempo, se busque como ejemplar de rareza dentro del género de literatura futurista que con tan impresionante concepción cultiva el autor de la obra.

Adelante, amigos lectores. He aquí una novela extraña e incalificable. ¡Pero de huella segura!

CAPÍTULO PRIMERO

EL ARMA SUPREMA

Las estrellas, muy límpidas y brillantes, refulgían en el cielo negro de la noche callada.

Inmensidad cósmica, infinita, tachonando de fantásticos puntos luminosos la bóveda grandiosa del espacio. En torno, arriba y abajo de ella, el silencio indescriptible de la soledad.

La isla sin nombre, designada en las cartas secretas del Alto Mando Unificado por *Pacific 608*, dormía. Quieta, alejada de las rutas conocidas, perdida en la anonadante vastedad líquida del océano.

Las olas, rizándose de espuma en las crestas, lamían la costa arenosa, sin apenas accidentes pétreos, bordando una malla de encaje blanco que ceñía el litoral desértico, monótono, alterado suavemente por los cocoteros cimbreantes, únicos centinelas naturales.

Allí, en la isla sin nombre, un grupo de científicos se proponía llevar a efecto la prueba práctica de sus desvelos, con la que demostrarían de modo tajante y fehaciente que las laboriosas gestaciones teóricas alcanzaron el triunfo apetecido. ¡Ya eran realidad!

El *arma suprema*. He aquí el triunfo incalificable. La gran victoria dramática.

Porque habría -en un futuro inmediato- algo de drama en su triunfo sin precedentes.

Había llegado el final de los siglos encadenados al laboratorio y al taller de ingeniería para obtener la más demoledora de las máquinas, el ingenio destructivo que superaba todo lo que hasta entonces se creyó insuperable... ¡lo inverosímil transformado en potencialidad bélica!

Sí. El *arma suprema*, al fin, se hallaba lista. El primer proyectil sería disparado doce horas más tarde, y ascendería hasta una altura doble de la distancia Tierra-Luna, para estallar en el espacio y hacer creer a los ignorantes que un meteorito de fuego se había desintegrado dentro del periplo orbital del viejo satélite terrestre.

Dos siglos. ¡Dos siglos! Éste fue el plazo de tiempo que abarcaron los trabajos.

El profesor Loak, *padre* teórico del arma, murió 178 años antes. Sus colaboradores de antaño -ninguno de los cuales gozaría tampoco del éxtasis

actual- continuaron la sorda labor, en silencio, traspasando conocimientos, avances y resultados a las sucesivas generaciones de científicos, con la veneración mística de un insuperable legado. ¡Y el legado llegaba a sus indiscutibles herederos! ¡Daría aún más poder a los siempre orgullosos pobladores de la Tierra!

Ahora -doscientos años después- el grupo de la isla sin nombre podía cantar victoria. El *arma suprema* estaba terminada. A punto. Ningún gobierno de la galaxia interior, o de las remotas extragalaxias perdidas más allá de la órbita de Plutón, contaba con tamaña fuerza destructiva. Porque el *arma suprema*, manejada por dirigentes sin escrúpulos... ¡lograría aniquilar al Universo!

Éste era el drama que ensombrecía la victoria. Aunque no para los científicos, a quienes las consecuencias venideras no inquietaban. La Ciencia constituía su meta. Y ellos sólo deseaban eso: llegar a la meta. El resto, lo consideraban cosa aparte en su trabajo de titanes.

En la sala de actos de la fortaleza, callados y tensos, los hombres de ciencia escuchaban la voz grave del profesor Mitchell.

Hablaba. Vibraba la gloria en su acento. La soberbia del triunfador. Hacía historia retrospectiva, sublime, de lo que ya podía considerarse heroica historia contemporánea.

-Terminada -dijo, e hizo una pausa para que el efecto de la palabra resultase aplastante-. Terminada, amigos. Cerrada la última conexión, el último automecanismo. Hemos fabricado el *arma suprema*. Y sería ingrato, aunque a nosotros se deba el punto final, no recordar ahora, con agradecimiento, el tesón magnífico del admirado profesor Loak, alma y cerebro de la máquina.

Los componentes de su equipo -el postrero grupo que recogió la tarea de las generaciones pasadas enterradas en el suelo coralino de la isla- asintieron en silencio, persuadidos de la gran verdad.

Barry Town, el ingeniero, deslizó su mano fuerte y oprimió la de Vera Tardow, la bella licenciada en telebalística. A su lado, Chass Lipton, Billy Mendoza, Tomás Kerr y el huesudo doctor Claim apreciaron la maniobra subrepticia... pero nada comentaron.

Para nadie era un secreto que el amor acabó por florecer en el campo árido de la Ciencia. Hasta en la tierra más yerma, a veces, germina una

semilla que el viento ha sembrado por caprichoso azar.

-Terminada -repitió Mitchell, encariñado con la concluyente expresión-. Todo concuerda. Todo se compagina y funde a maravilla. Está dispuesta. Lanzaremos el primer proyectil dentro de doce horas, y después, escuchen bien esto... ¡La Tierra se convertirá en el planeta más poderoso del cosmos! Nada hay, ni quizá habrá nunca, comparable al *arma suprema*. ¡Hemos vencido!

-¿Cuándo piensa comunicarlo al Alto Mando Unificado, profesor? -preguntó Chass Lipton, asesor militar y técnico en disparos de telecohetería auto-direccional-. Ya sabe que el gobierno espera con impaciencia...

-Después de que hayamos realizado la prueba material, por supuesto -se anticipó el profesor Mitchell-. Sería prematuro, y pueril, dar la campanada antes de tiempo. El gobierno ha esperado dos siglos, Lipton. Ninguno de nuestros dirigentes actuales, ni siquiera sus abuelos, vivía en la Tierra cuando el clarividente Loak concibió la idea de inventar un ingenio ultrapotente, y perdió la juventud tratando de obtener las diez mil ecuaciones primeras -apenas un prólogo- que darían consistencia al preámbulo matemático del enunciado teórico. Creo que, en justicia, no les será muy fatigoso esperar doce horas más. Mi decisión en este punto es irrevocable.

-Comprendido -aceptó Lipton.

Tomás Kerr, sin variar la expresión del frío rostro, alzó el brazo solicitando autorización para intervenir.

-Adelante, Kerr -otorgó Mitchell.

-Como físico, deseo formular una pregunta.

-La contestaré, si ello entra en mis conocimientos.

-Presumo que sí -Kerr torció las comisuras de los labios en algo que pretendía asemejarse a una sonrisa-. ¿Ha calculado usted, profesor, la perturbación cosmológica que la explosión del proyectil causará en nuestro planeta?

-Sí. Billy Mendoza, nuestro admirado matemático, y yo, hemos estudiado a fondo la cuestión. Respondiendo a su pregunta, les daré cuenta de sus resultados a los demás. Preocupados por la índole violentísima del estallido y sus inmediatas consecuencias siderales, convenía acentuar las precauciones de todo género. Ustedes ya saben que la prueba no resulta factible en la Tierra. ¿Por qué? ¡Medio mundo se partiría en fragmentos y las

aguas sepultarían al resto bajo multitoneladas de agua salada...! El lugar idóneo para realizar el experimento que confirmará nuestra pasmosa obtención bélico-científica, es el espacio. A millones de kilómetros del planeta, en pleno vacío sideral, el proyectil creará una conmoción equivalente a la colisión de dos astros gigantes. La Luna, afectada por el cataclismo, sufrirá seísmos y desgajamiento de montañas. Varias de sus viejas y podridas cordilleras se vendrán abajo. Es preferible que ocurra lejos del mundo que habitamos. Parte de la colonia terrícola establecida en Ciudad Selenio quedará temporalmente ciega, porque el vívido resplandor lesionará sus pupilas. La afección durará alrededor de dos años lunares... En su calidad de astro, el satélite alterará sus fases y perderá un octavo de estabilidad gravitatoria. Se originarán otros fenómenos secundarios, Kerr; todos ellos, por supuesto, accidentales. La querida Luna no desaparecerá del cielo, si es ello lo que le preocupa... Habrá victimas, claro. ¿Cuándo la Ciencia ha avanzado un largo paso sin víctimas? Las astronaves de carga y de línea que se encuentren navegando en las espaciorrutas Tierra-Marte, se desintegrarán. El sacrificio es necesario... e inevitable. Respecto a la Tierra -el profesor Mitchell sonrió-. No habrá desgracias que lamentar... Pequeñas mareas, lluvias torrenciales y tormentas de gran aparato eléctrico en las capas superiores de la atmósfera. ¿Está de acuerdo conmigo, Mendoza?

Billy Mendoza, el doctorado en altas matemáticas, afirmó de un cabezazo.

-Gracias -dijo Mitchell.

-Yo también deseo preguntarle algo -pidió Barry Town, que hasta entonces se había comportado como ausente.

Sintió en su mano la presión cálida de los dedos de Vera. Ella le amaba. Disimulaba muy bien la inquietud; pero sabía que le horrorizaba la dimensional monstruosidad del ingenio supremo.

Acaso -atavismos del sexo- porque las mujeres científicas jamás se entregarán totalmente a la Ciencia. Así ha ocurrido durante centurias. La condición femenina se impone a todo lo demás. Pensando en Vera, más que por él, iba a plantearle la pregunta a Mitchell.

-Muy bien. Diga, ingeniero Town.

-Conocida la feroz capacidad del arma y concretados, siquiera sobre el papel, sus devastadores efectos destructivos... ¿cree usted, profesor, que un

medio de tal envergadura podrá conservarse sujeto a un control regulador que garantice seguridades a la raza? En otras palabras: ¿Estamos seguros poseyendo el superproyectil?

-Seguridad... -el anciano cloqueó una risita-. Siempre nos preocupa la seguridad de las cosas a los terrícolas... y, en general, somos nosotros mismos quienes turbamos todas las leyes que salvaguardan la paz. No, ingeniero Town; no hay seguridad absoluta. Éste es el riesgo que correremos constantemente a partir del momento en que entreguemos los planos y la máquina al gobierno. Les confieso que no me preocupa... tal vez porque soy demasiado viejo. Mis años de vida están contados, con o sin la amenaza del *arma suprema*. Usted acaba de poner el dedo en la llaga. Ha levantado eco en la cuestión más espinosa que siempre aquejó al Hombre. Algo puedo decir, no obstante, para evitar que sus temores, y los de la Humanidad entera, alcancen a rozar su punto álgido. Por fortuna, el Hombre siempre tuvo en grandísimo apego su vida.

Mitchell, mirando al reducido auditorio como lo haría un conferenciante enfrascado en polemista alocución, se tomó unos segundos para meditar la respuesta.

-Verá usted, Town... Desde que el Mundo es Mundo, hace ya bastantes milenios de ello, sus pobladores jamás consiguieron inhibirse de ciertos riesgos que parecen ir soldados al progreso mismo. Una breve ojeada a la historia de las armas lo demuestra. Y la demostración, en razón directa a la categoría de ellas, corrobora mi afirmación de que no hay forma ninguna de evitar los mencionados riesgos... Así ha sido siempre, amigos. La pólvora, la dinamita, el TNT, las bombas de fisión atómica, los proyectiles nucleares dirigidos, las armas de hidrógeno, cobálticas, bacteriológicas, protoactivas, radiotitaniales... -Mitchell se encogió de hombros, desistiendo de enumerar la vasta lista de inventos encaminados a lograr la máxima mortandad y destrucción-. Todo ello adjudicándoles el tremendo poder devastador de ingenios encaminados a alcanzar supremacía bélica, constituyeron peligros graves en sus épocas respectivas y señalaron momentos cruciales de la Humanidad. El Hombre empleó tales armas para guerrear entre sí... Hace cinco mil años, a raíz de la contienda continental, las bombas radionucleares arrasaron casi al planeta. Sin duda, ello fue una lección provechosa que no cayó en saco roto. Por lo menos, aprendimos a mostrarnos cautos con los

descubrimientos bélicos... Hemos sabido guardar, y preservarnos, de cataclismos que aniquilarían nuestro mundo con la sencillez de una pajuela. Siempre, siquiera de una forma subjetiva, se ha ejercido un control nominalmente estrecho para evitar un uso abusivo de las armas... La lógica, y tal vez la misericordia que anida en los corazones, impondrá cordura y freno a nuestros dirigentes. El *arma suprema* representa un medio extraordinario de garantizar el poderío terrícola en relación con los otros mundos habitados del espacio, y asimismo la consecuencia práctica de mantener en todo momento nuestra hegemonía sobre las razas del cosmos. El *arma suprema* es un vehículo desorbitado para imponer la supremacía; no el discutible origen que fomente la destrucción del planeta... Seríamos peores que locos si la utilizáramos para dirimir disputas propias, porque ello equivaldría a desencadenar nuestra perdición. Por primera vez en la historia del universo, un mundo sería eliminado merced a la estupidez de sus propios habitantes.

Mitchell dejó de hablar, miró a los reunidos con luz de esperanza en sus ojos brillantes, y terminó:

-Me atrevo a creer que, como antes y a lo largo de innúmeros antecedentes, el *arma suprema* jamás será descargada contra nuestras naciones y ciudades. En ese aspecto, me siento aliviado y respiro tranquilo. No hay, pues, una seguridad absoluta. Pero sí una relativa posibilidad de que la paz que ahora reina en la Tierra no se vea turbada por el descubrimiento en cuya elaboración han quemado dos siglos científicos y técnicos de todo género.

-Esperemos que sus sentimientos sean afines en todos los corazones, profesor -deseó el doctor Claim.

-No hay razón para suponer lo contrario.

-¿Ni aun conociendo la perversidad del alma humana?

-Nadie es íntegramente perverso, doctor. Ni nadie íntegramente bondadoso. Por cierto, y a causa de la abundancia con que se da el término medio en nuestra raza, me inclino a creer en la existencia de un factor *prudencia* que supere con creces a lo que podríamos llamar factor *exaltación*... Nosotros, desde nuestra isla solitaria e ignorada, hemos contribuido a dotar a la Tierra de un elemento ofensivo sin parangón en las eras. Poseemos naves que nos transportan a cualquier lugar remoto del espacio infinito. Ciudades ciclópeas subterráneas y subacuáticas. Recursos

industriales en mayor abundancia que otros mundos. Ejércitos poderosísimos, temibles en la lucha. El *arma suprema* nos sitúa a la cabeza del Sistema Solar, con destacada ventaja. Podemos, pues, sentirnos satisfechos y tranquilos. Ni la satisfacción ni la tranquilidad deben ser alteradas por impulsos salvajes... No les aconsejo, si es que alguno de ustedes los siente, que deban dejarse arrastrar por tardíos escrúpulos de conciencia. Como seres meramente instrumentales de la Ciencia que servimos, hemos materializado la herencia portentosa del profesor Loak. El resto no nos incumbe. Aunque, insisto en ello, la súper-arma ha de reportarnos muchos más beneficios que perjuicios.

Se hizo un silencio tras las esperanzadoras frases del viejo Mitchell, no exentas de un sedante poder de persuasión.

Sí. El arma estaba terminada. Doce horas después, se lanzaría al cielo el primer proyectil de ensayo.

Un ensayo que, de hecho, constituía simple rutina, porque nadie dudaba de los positivos resultados obtenidos.

Pero entonces, aunque ninguno de ellos lo sabía, una luminonave de material sumamente dorado, tan silenciosa y fugaz como un soplo de la brisa salina que agitaba las copas colgantes de los cocoteros de la playa, acababa de sumergirse en el océano, procedente del espacio lejanísimo que intentaban perturbar en tan breve plazo.

Aquella astronave, más celérica que la propia velocidad de la luz, llegaba desde un mundo remotísimo y extragaláctico.

Una misión harto delicada recaía sobre los hombros de su único y extraño tripulante. El planeta Tierra, que se consideraba el eje del Universo al poseer el *arma suprema*, tendría que acabar reconociendo su inferioridad y el largo camino de aprendizaje que todavía le quedaba por recorrer, en comparación a otras razas que desconocían el maléfico término medio entre íntegramente perverso e íntegramente bondadoso.

Un intruso se presentaba en la Tierra desde el Más Allá. Aquel intruso, de carácter modesto y casi humilde, había traído consigo otra clase de arma. No era adecuada para guerrear aunque, en realidad, resultaba asombrosamente invencible. Porque, en honor a la verdad, nunca la Tierra estuvo tan vigilada por ojos distantes como a lo largo de los últimos doscientos años.

Y dos siglos, para ciertas especies cósmicas, representan menos que

cinco minutos terrenos. Cinco míseros minutos en una existencia sorprendentemente milenaria. ¡Casi inmortal en el concepto humano!

CAPÍTULO II
LA PRUEBA

Reunidos, conteniendo la excitación a duras penas y percibiendo con meridiana claridad el alterado latir del corazón en el pecho, los hombres y la mujer que componían el equipo científico encabezado por el profesor Mitchell, aguardaban el señalado momento en que sonaría la anhelada *hora cero*.

Loak, el casi divinizado visionario que expiró 178 años atrás, no se encontraba entre ellos. Al menos, no estaba allí en presencia material.

Pero sí en espíritu.

Lo sentían. Lo notaban *tangible*, pese a la incorporeidad física. Husmeando en cada uno de sus manejos preparatorios y buceando en sus mentes febriles. Loak, el *padre* del arma. El que la concibió, y abrió el primer surco para que otros lo siguiesen hasta coronar la quimérica y abrupta senda de la Ciencia.

Los observaba. Presenciaba los últimos toques técnicos. Acaso, leía con regodeante dicha sus más ocultos pensamientos. Y es muy posible que sus pupilas inmateriales, alistando desde un espacio superior a todos los conocidos, se empañasen de emoción al constatar lo que fue quimérico sueño para su tiempo y ahora, dos siglos después, era ya patente realidad.

El propio profesor Mitchell, instalado ante el complejo control de la máquina electromecánica -o impulsor balístico- accionaba las palancas de puesta en marcha. El zumbido extrasónico, apagado por amortiguadores acústicos para impedir que les destrozase los tímpanos, se dejó oír, esparciéndose gradualmente por la cámara y cobrando profundidad. ¡Empezaba la gran prueba!

En los multicomprobadores reflejos, Barry Town, sereno y frío, examinaba las mediciones.

Cada aguja, cada escala de evolución y cada microrresistencia de tensión ultravóltica, funcionaba con la eficiencia esperada.

Arriba, luciendo las esferas del techo, los ocho relojes de selenio, alimentados por inducción nitroargónica, señalaban el paso de los segundos, aproximándose a la decisiva *hora cero*, en la cual, por contacto autoeléctrico, se produciría el disparo.

Chass Lipton y Vera Tardow vigilaban atentamente los relojes,

pendientes hasta de las décimas.

Billy Mendoza, el matemático, y Tomás Kerr, el físico, aguardaban en sus puestos con los nervios crispados, mientras el doctor Claim, invitado de honor en aquella espera sincrónica y fabulosa, dirigía la vista de un lugar a otro, curioso y, a la vez, preocupado. Sus ojos claros, sagaces, saltaban de la policroma heteroclidad del impulsor atendido por Mitchell a los diversos instrumentos que latían y zumbaban con vida propia, encaminados a lograr el fantástico logro de los sabios terrícolas. Era un espectador -el único- en la Gran Sala del Poder.

El *arma suprema* iba a ser disparada. El solo pensamiento bastaba para acentuar la presión arterial y nublarles los sentidos. ¡Qué instantes, Dios omnipotente!

Agujas, manecillas, arcos, tubos, evoluciones de rayos blancos, chispazos, zumbidos, trepidar intenso... Y arriba, en los relojes supercalibrados, el paso del tiempo. Ocho, siete, seis... ¡Un relámpago emotivo los azotaba!

Nadie hablaba. ¿Para qué? En momentos de semejante preponderancia sobran las palabras. Es el alma y la mente lo que cuenta. Así ocurría ahora. Enervados, mudos y expectantes, asistían a la consumación histórica de un cometido casi irreal, que rozaba los confines de lo inverosímil. Ellos habían fabricado el proyectil de tipo hipersolar. ¡Un *sol* teledirigido y artificial, dotado de sus catastróficos poderes destructivos!

Y era apenas el principio. ¿Qué ocurriría en la Tierra cuando se dispusiese de medio millón de aquellos *soles* capaces de arrasar astros, mundos y constelaciones enteras?

La imaginación, jadeante ante las inabarcables cifras factibles de ser manejadas, se detenía en este punto, exhausta. ¡Qué invento tan magnífico... y siniestro!

Lo sabían Barry, Mendoza y Tomás Kerr con certeza temerosa. El profesor Mitchell, mejor que nadie. Pero ya nada les detendría bajo ningún concepto.

La máquina lanzadora se hallaba en movimiento, presta a entrar en acción resolutiva. La linda Vera Tardow, atendiendo a una indicación de Mitchell, oprimió entonces el botón que encendería las potentes pantallas telecósmicas para permitirles contemplar la ascensión vertiginosa del

proyectil y su posterior estallido en el espacio salpicado de puntos estelares. Presenciarían la prueba igual que privilegiados espectadores de una inconcebible exposición fílmica. ¡Y a fe que nadie en el mundo habría visto nada igual!

Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Contuvieron la respiración. Las miradas convergían en el mismo punto: ¡los relojes!

El profesor Mitchell, encendidas por súbito rubor las chupadas mejillas, entreabrió los labios secos, humedeciéndolos con la punta de la lengua. ¡CERO!

Llegó la cuenta a su fin. Una exclamación asónica, en sus cerebros, resonó dentro de cada uno de los reunidos. Cero. ¡Disparo al reino sideral!

Según lo previsto, atendiendo a los resultados matemáticos obtenidos sobre el papel al despejar todas las incógnitas en la planificación ingenieril del *arma suprema*, entonces debían verificarse dos fenómenos esenciales. Primero: Intensificación del zumbido, hasta transformarlo en un alarido que los amortiguadores sólo ahogarían parcialmente. Segundo: Sacudida general, un temblor velocísimo, de la base secreta que los científicos ocupaban en la isla clave *Pacific 608*. Ambos hechos, incuestionables, no podrían ser evitados a pesar de las prolijas medidas de seguridad adoptadas.

Pero no ocurrió, ciertamente, nada de lo previsto. ¡NADA!

El zumbido, por contra, cesó bruscamente. ¡*Cesó en vez de incrementarse*!

Las manos crispadas que se habían aferrado a sólidos asideros, no tuvieron que esforzarse en absoluto para seguir manteniendo la estabilidad. ¡Tampoco hubo sacudida!

Una sospecha -la posibilidad de un fallo inesperado- asaltó a Mitchell, quien, dominado por los nervios, giró al máximo el reóstato de impulsión. ¡La carga de protocobalto precipitado activaría el disparo en caso de que los resortes automáticos se hubiesen atascado! Pero... -asombro de asombros- ¡tampoco funcionó el canal de lanzamiento! La máquina parecía agarrotada *en todas sus piezas esenciales*.

-¡Miren los relojes! -exclamó Vera con voz trémula-. ¡Se han detenido antes de marcar el tiempo cero!

Los hombres, aturdidos y confusos, obedecieron simultáneamente. ¡Cierto! Las ocho saetas, inexplicablemente paradas, no habían llegado a rozar

el término temporal señalado para el lanzamiento telebalístico. ¡Increíble!

-¿Qué puede haber sucedido? -gruñó Chass Lipton, quebrando el repentino silencio que imperaba en la cámara desde varios segundos antes.

Su pregunta pareció suavizar la angustiosa tensión y tuvo la virtud de devolverles a la realidad. Nada de espejismos o ilusionismo colectivo. Realidad pura.

Lo extraño, lo apabullantemente incomprensible, tenía que ser admitido. Y ello llevaba implícito un reconocimiento absurdo: ¡La máquina se negó a funcionar en la última décima de segundo!

-No... no lo entiendo -susurró el profesor Mitchell-. ¡Es sorprendente, amigos! ¡Nada hacía prever un resultado tan adverso y desconcertante!

-¡Se detuvo justo a punto de entrar en acción!

-Pero... ¿por qué? ¿Puede ofrecernos alguna teoría, profesor?

-Ninguna, Mendoza. -El viejo, desorientado, posó la mirada en el impulsor, del que no brotaba el menor sonido-. Ninguna... Estoy consternado. Siento mi cabeza vacía de ideas. ¡Insólito!

-Alguna avería... -apuntó Tomás Kerr.

-No -rechazó el profesor-. Quedan descartadas o, al menos, resultan inapreciables. ¿Qué dicen sus multicomprobadores reflejos, ingeniero Town?

Barry Town, tras ojear las esferas, sacudió los hombros con desaliento.

-No detectan avería. La máquina sólo acusa un abrumador cese de energía... En realidad, y pese al normal funcionamiento de sus sectores esenciales, es igual que si hubiésemos desconectado todos los pluricanales de alimentación electrónica. Está *seca* de fluido inductor.

-¿Seca? -repitió el físico Kerr- ¡Si continúan encendidos los autodistribuidores de energía! No creo que sea una expresión muy ortodoxa.

-¿Cuál es su equivalente matemático? -indagó, también, Billy Mendoza-. ¡Hay que resolver el contratiempo antes de que...!

-No se exciten -intervino el profesor Mitchell, taciturno-. Comprendo perfectamente lo que Barry Town ha tratado de darnos a entender. *Seca* es, aunque ustedes difieran, la expresión justa. Dicho un tanto vulgarmente, lo admito; pero apropiada. Tal vez convendría aclararla con otro término más asimilable. Por ejemplo... ¡Neutralizada!

-¿Cómo?

-El profesor Mitchell tiene razón, Kerr -asintió Barry-. Neutralizada es lo que yo quise decir. La máquina funciona; aunque bajo un punto de vista dinámico... ¡no avanza! Lucha con dos corrientes contrapuestas, diversas, que impiden la terminación del ciclo energético y el consiguiente lanzamiento balístico. Cualquiera pensaría que una influencia poderosísima amordaza todo proceso, asfixiando la labor para que no consiga terminarla.

-Exacto -corroboró el viejo-. ¡Eso es lo que ocurre! Una barrera de efectos inversos a los de la máquina, obstaculiza su funcionamiento. Ello sólo puede ser motivado por la expansión de un campo electrónico dos veces más potente que el generado por nuestra energía. ¿Se dan cuenta? ¡Un campo electromagnético que actúa de imán retroimpulsor! ¿De dónde, cómo y por qué nos llega hasta la isla ese campo inaudito? Yo me declaro impotente. ¡No lo sé!

-¡Profesor! -Chass Lipton se encrespó con energía-. ¡Averigüémoslo!

-Desde luego, Lipton. Me propongo iniciar los sondeos... cuando haya reflexionado con calma. ¡Este tipo de incidentes súbitos no pueden superarse en un abrir y cerrar de ojos! Tiempo, caballeros. ¡Tiempo es lo que necesitamos! Por lo pronto, contamos con una cosa veraz e irrebatible: ¡la máquina no lanzará el *arma suprema* por ahora!

-¿Y qué ocurrirá con la prueba?

-Véalo usted mismo, Kerr. No hay prueba. ¡Es imposible disparar!

-¿Vamos a resignarnos?

-Ésa parece ser la única solución viable. Lo lamento tanto como el que más. ¡Dos siglos esperando la *hora cero* de esta noche histórica! Pero no disponemos del medio para seguir adelante... Observen los esfuerzos de la máquina. Trabaja al máximo. Se afana en superar el fenómeno paralizante. ¡Ni siquiera escuchamos el zumbido y hasta los relojes han sido parados antes de la cuenta! Es algo que empalidece la fantasía misma, caballeros. No me asaeten a preguntas, por favor. Me encuentro sumido en idénticas negruras que ustedes. ¡Denme tiempo! Es el voto de confianza que solicito.

-No entiendo mucho de asuntos científicos -terció el doctor Claim-. Les ruego perdonen si digo alguna estupidez... Pero, de una forma tan repentina y absoluta, no me parece lógico que pueda ejercerse esa acción constriñente a que se refieren. Si no existen averías, si la máquina funciona bien en sus partes esenciales y sólo contamos con teorías descabelladas para

explicar la momentánea paralización... ¿por qué no intentarlo de nuevo? Usted, profesor Mitchell, cuya sabiduría y competencia resultan casi legendarias en las esferas científicas, reconoce la imposibilidad de calificar acertadamente lo sucedido. ¡Hagan otra prueba! Quizá todo se deba a una distracción momentánea en el complejo vastísimo de la red de elementos que constituyen la máquina.

-No encuentro nada estúpido en esas palabras -se adhirió el exaltado Chass Lipton-. Al contrario. ¡Están impregnadas de sensatez!

-Ni yo -dijo Kerr-. ¡Bravo, doctor!

-Por mi parte, tampoco veo inconveniente en reemprender el proceso de impulsión -comentó Billy Mendoza-. Corte la acción. Pare la máquina. ¡Empecemos otra vez, profesor Mitchell!

-¿Para qué? Obtendremos igual resultado.

-Quizá. Pero cruzándonos de brazos, es seguro que no obtendremos ninguno. Algo ha de ocurrir entre las tinieblas que nos envuelven. ¿No estaremos siendo víctimas de un derrotismo común? Nuestra seguridad y fe en la máquina habían alcanzado cúspides ilimitadas. Pero no funciona como se esperaba. El ciclo se ha desmoronado, atascándose, antes de llegar al tope. ¡Muy bien! Una vacilación cualquiera en el manejo de los controles causaría tales efectos. ¿Por qué obcecarnos en achacar algo que quizá sea simple error, a desconocidos y misteriosos agentes externos? Perdone, profesor. Su teoría de un campo neutralizador es destacable a todas luces. ¡Aunque yo no la acepto sin basarla en fundamentos razonables!

-Comprendido, Mendoza. Usted exige explicaciones por encima de todo -el profesor Mitchell le miró rectamente a los ojos-. Creo que no es momento ni lugar para enfrascarnos en discusiones; aunque ello no me impedirá recordarle que los caminos de la Ciencia siguen plagados de acciones sin explicación posible y, mucho menos, razonables. A diario nos estrellamos con el enigma insuperado. De multitud de consecuencias fenoménicas, conocemos las causas palpables, mas ignoramos los efectos que motivan tales causas. Sabemos, porque los vivimos, la sintomatología de ciertos procesos físicos, químicos, astrales y eléctricos. Sin embargo, desconocemos la genealogía que produce la secuencia sintomática final -suspiró o hizo una pausa-. Conforme. Dije que no pensaba discutir. ¡Reemprendamos el proceso! Tal vez, como aseguraban los antiguos, a la

segunda veamos luz. Y a la tercera, si prefieren la satisfacción por partida doble, nos llegue la vencida. Se han cambiado los papeles. ¡Ustedes son ahora mis jefes!

Mitchell se expresaba con cierto enojo, conteniendo la irritación que le producía la actitud de sus más dilectos colaboradores.

En su mente, diáfana y madura, curtida en lides científicas desde temprana edad, no cabía la sospecha de que el agarrotamiento de la máquina fuese debido a equivocación de manejo.

No acertaba ni sabía exponer los motivos que concurrían en la paralización; pero mantenía el convencimiento, más bien instintivo, de que la influencia perturbadora llegaba del *exterior*, y nada iban a ganar repitiendo el proceso cíclico que tan estruendosamente desembocó en fracaso.

Vera Tardow y Barry Town, espiritualmente acordes en la actitud, se habían abstenido de atizar brasas a la hoguera polemista que prendía en sus compañeros. No lograban entender lo que estaba sucediendo. Era demasiado extraordinario y demoledor para asimilarlo de buenas a primeras.

Como Mitchell, necesitaban tiempo para meditar despacio sobre los acontecimientos. Sólo entonces, tras detenido estudio, emitirían sus conclusiones.

Pero ninguno de los dos, en verdad, se asombró con exceso al repetir la prueba y terminarla en medio de tan descorazonante estupor como la vez anterior. ¡La máquina, sencillamente, se negaba a cumplir su cometido!

No habría lanzamiento ni estallido sideral del *arma suprema*. Un completo fracaso, que amenazaba con abatir a los científicos continuadores de la labor de Loak, se cernía sobre los ignorados moradores de la isla sin nombre. ¡Y seguían sin encontrar la más pueril justificación al desastre!

Por último, rozando ya los lindes de la madrugada, el equipo aceptó la derrota y postergó, forzado por las circunstancias, el lanzamiento previsto con tan eufórico alborozo.

Entonces -aunque ellos seguían ignorándolo- un extraño mensaje luminosónico ascendió al espacio y devoró millones de kilómetros en el vacío cósmico, para llevar a un remotísimo mundo extragaláctico el texto que sólo contenía dos palabras contundentes:

DETENCIÓN TOTAL

La criatura de la astronave sumergida en el océano inició, cumplido el

cometido inicial, la hiperconstricción orgánica merced al instrumento de paredes fosforescentes que originaría la más perfecta metamorfosis mutativa que un terrícola sería capaz de imaginar.

La hiperconstricción era necesaria, perentoria, para reducir su descomunal tamaño y convertirlo en un ente asequible a la mentalidad de los moradores de la Tierra. La metamorfosis mutativa también.

No deseaba aterrar a los científicos de *Pacific 608* mostrándose de forma distinta a las especies que estaban habituados a tratar. Después de todo, prefería tranquilizarles con su presencia terrestre y corpórea, en vez de enloquecerles apareciendo ante ellos igual que una difusa mancha de casi 20 metros de alto por nueve de amplitud.

Largo y ancho. Nada más. Una inconsistente mancha geométrica. Porque, en realidad... ¡carecía de espesor o volumen!

Dicho de otra forma... ¡era una criatura de DOS DIMENSIONES!

CAPÍTULO III
VISITA EXTRAGALÁCTICA

Abatidos, tristes y silenciosos, los componentes del equipo científico destacado en *Pacific 608*, se fueron despidiendo al abandonar la cámara de control, e iniciaron el desfile para recluirse en sus aposentos personales.

Por anticipado, colegían que ninguno de ellos podría descansar el tiempo necesario para reponer fuerzas y serenar los alterados nervios.

Se retiraban a las habitaciones cumpliendo la inveterada rutina diaria, aunque conscientes de que su sistema nervioso se hallaba tan excitado por los extraños acontecimientos que sería vano pretender hallar calma en la reclusión de sus cuartos silenciosos.

Todo lo contrario. Volverían las cábalas, los temores y las incertidumbres, porque la mente humana, siempre imaginativa, lo era aún más en soledad. La prueba -y las intentonas sucesivas- sólo sirvieron para ratificar el desaliento de tan desagradable experiencia.

Desagradable, sí. La Ciencia que ellos creían medida, justa e idónea había tropezado contra un muro insalvable, una obstrucción pavorosa, que echaba por los suelos el trabajo de laboratorio y las ilusiones felices de doscientos años de ardua e incesante tarea. Vuelta a empezar. Pero no se trataba de reconstruir minuciosamente las mil y una partículas que constituían el organismo del *arma suprema*. Ahora, quedaba algo más. Algo con lo que, sin demora, debían enfrentarse. ¡El misterio de aquella *paralización* absurdamente decisiva!

Vera Tardow y Barry Town pensaban en ello -aunque no lo expresasen de viva voz- mientras el segundo acompañaba a la joven hasta su retiro, tal como ya era inalterable hábito en ellos.

Desde antes de declararle su amor, apenas conocidos, Barry siempre cumplió fielmente con el deber de cortesía que representaba conducirla a su aposento. Llegó a convenirse en una ley, a la cual no habrían renunciado por nada del mundo. Aprovechaban el breve paréntesis en la ocupadísima jornada laboral para comentar las incidencias y los avances del trabajo.

A veces, ocasionalmente, salían a respirar un poco de aire puro, y paseaban por las inmediaciones del gran caserón empotrado en las cordilleras de la isla, compuestas por numerosos volcanes extintos desde miles de años atrás. Aquella madrugada, por supuesto, no sentían los menores deseos de

dejar la fortaleza y dar una vuelta en torno a la playa. En realidad, hasta los comentarios les resultaban harto penosos.

Fue Vera quien, al fin, próxima ya al cuarto, se permitió murmurar:

-El incidente representa una terrible demora. Un compás de espera angustioso... Me gustaría conocer tu opinión sincera, Barry, porque me siento hundida en un mar de confusiones.

-Ya lo sabes, querida. La di durante la discusión.

-He dicho *sincera*. Conmigo no tienes por qué fingir. ¿Es tan inexplicable como el profesor Mitchell quiso darnos a entender?

-Sí -afirmó el ingeniero-. No hay fantasía en ello. Es más, yo estoy íntimamente convencido de que la máquina ha sido construida con el ciento por ciento de exactitud. No hay fallos, Vera. Nos devanaremos el cerebro buscando la solución; pero el agente o influencia que impide el perfecto funcionamiento de la misma, proviene de *fuera*. Pienso exactamente igual que Mitchell, a despecho de las teorías de Kerr, Mendoza, Lipton e incluso el doctor Claim... ¿Por qué creo eso? No sabría explicarlo. Es una corazonada. Una premonición indescifrable, si tú quieres. Pero así opino... Algo, o *alguien*, se ha propuesto retrasar nuestra prueba. No me gusta encariñarme con esta idea, claro; porque si se hace asidua en la mente, acabaré por sugestionarme y ver fantasmas en torno. Sin embargo, a falta de algo mejor, lo atribuyo a elementos enigmáticos.

-¿Agentes enemigos?

-No sé. En la Tierra, todos luchamos por el mismo fin. Impera la unidad ideológica y operativa.

-No me refería a la Tierra, Barry.

-¿Entonces...?

-Hay otros mundos.

-¿Lo ves? Tú misma empiezas a sentir la sugestión del enigma. No sería raro que, por culpa de esta fascinación, viésemos espectros rondando la fortaleza. Eso es lo que hay que evitar. Ni Mitchell ni los demás darían crédito a nuestras palabras. Es curioso, ¿verdad? Casi hemos llegado a la aceptación tácita de que las perturbaciones vienen del exterior. ¡Ah! ¡Pero no trates de convencer a nadie de que ello es cierto! Entonces, te tacharían de loco. La reacción sería lógica en este confuso género humano.

-Hay otros mundos -insistió Vera-. Planetas casi tan poderosos como

el nuestro, e igualmente interesados en conseguir un tipo de arma nunca logrado. Si para nosotros representaba una formidable victoria poseerla, siquiera en teoría mientras no alcancemos el éxito en la práctica, imagina lo que para ellos, sometidos al yugo terrícola y sojuzgados a nuestros menores caprichos desde que hollamos sus superficies con la planta humana, puede significar. En primer lugar... la libertad absoluta. Después, un horrible desquite que ejecutarían valiéndose del terror. Habrían cambiado las cosas de un modo tajante y resoluto. Quizá un simple ejemplo te permitiría apreciar las tremendas dimensiones...

-No hace falta -interrumpió él-. ¡Y deja en paz la cabeza! Si te oyese Mitchell, diría que desvarías.

-No me importa la opinión de Mitchell. En este caso...

-Ya sé. Me doy perfecta cuenta de la situación... y no es tranquilizadora, Vera. -Reflexionó un segundo, fruncida la frente por una honda raya de preocupación-. Sí. Tu argumento posee base. Supongo, además, que no se trata de una novedad... Nosotros hemos vivido lo suficiente para casi asistir a las últimas guerras cósmicas por la posesión de las tierras altas de Plutón. El planeta más alejado del Sol fue dominado, y agregado a la Confederación Interplanetaria Terrestre, por la fuerza. No es un sistema muy digno de aplauso, que digamos. Aunque el universo entero, con sus asteroides, astros, grupos estelares y mundillos de pequeño poder, acata nuestras leyes con serviles sonrisas, ruge en el fondo de todos los corazones extraterrenos un odio sordo hacia la poderosa Tierra... Saben que no cuentan con medios para rebelarse al Planeta Eje y que, de intentarlo, serían duramente castigados y aniquilados. Ello no obsta para que conozcan, también, su verdadera condición de esclavos... Quizá, hablando al azar, has dado en el blanco exacto de la cuestión, pequeña. ¡Y eso es tan duro de admitir!

-Duro o no, hay que enfrentarse a la verdad.

-Ignoramos si ésa es la verdad. Mañana consultaré en privado con Mitchell y le haré partícipe de las sugerencias. Desde luego, aceptando que pueda tratarse de una potencia foránea a nuestro mundo, no alcanzo a señalar la que podría hallarse en condiciones de disputarnos la hegemonía y control del cosmos... Marte y Júpiter, los más poderosos rivales espaciales, no cuentan con sabios del relieve terrícola. Aparte, las mentalidades científicas que descuellan por su valía, son rápidamente trasladadas a la Tierra... Nos

encontramos, cara a cara, con un problema tamaño, Vera. Algo con lo que el profesor Loak no reparó al inventar los cimientos de su *arma suprema*. Acaso nos produzca quebraderos de cabeza.

Se hallaban casi al fondo del largo y bien iluminado corredor de comunicación. Vera se detuvo delante de su habitación privada. Antes de despedirse de Barry, un tanto inquieta por lo que acababan de hablar, le miró profundamente a los ojos.

-Me aterra lo desconocido, cariño -confesó.

-¿A quién no? -contestó él, forzando una risita superficial-. Tus temores son perfectamente excusables... y humanos. Procura no pensar demasiado en ello. Dándole vueltas a la imaginación, sólo conseguirás espesar los misterios. Quizá tú y yo estamos equivocados. Nuestros amigos, a los que consideramos ofuscados, tienen tantas probabilidades de acertar como nosotros; en cuyo caso, todo se reduciría a un repaso concienzudo de la maquinaria. No te tortures, por favor -se inclinó para besarla y, tras hacerlo dulcemente en los labios, deseó-: Que descanses.

-Hasta mañana, Barry.

-Hasta luego -rió él-. Hoy ya es mañana.

Entró en el cuarto, cerrando a su espalda. Los amortiguados pasos de Barry se alejaron por el corredor, en dirección a su cámara. Nada más quedar sola, pese a su formal intención de soslayarlo, pensó de nuevo en la posibilidad de que otro mundo distinto de la Tierra tratase, por cualquier medio, de robar el invento.

Claro que -en buena lógica- a nadie le entusiasma apoderarse de algo todavía en mantillas, meditó acto seguido.

-No había caído en ello -susurró para sí-. Un agente extranjero esperaría a conocer el resultado de la prueba. Así tendría la absoluta convicción de que valía la pena correr el riesgo. Pero... lo cierto es que no nos han dejado terminar. Fue una paralización. ¿Por qué...? ¡Oh! Voy a seguir el consejo de Barry. Mañana será otro día.

Las incidencias de última hora enturbiaban su razón, predisponiéndola a las contradicciones. Precisamente, en problemas de naturaleza tan compleja, el cerebro ha de hallarse claro y descansado para que la reflexión sea ecuánime. Admitía con imparcialidad que su estado no era tal, sino todo lo contrario.

Demasiadas negruras, demasiados temores y nervios. Intentaría descansar. Después de todo, mantenía la íntima certeza de que Barry pensaría por ambos y daría con la solución, si es que existía alguna en aquel dédalo de incongruencias.

En su mesilla de noche guardaba un frasco de *tarzienol*, el rápido somnífero. Había recurrido a él en otras ocasiones, cuando el trabajo abrumaba y precisaba dormir profundamente aprovechando los escasos ratos libres.

Anduvo hacia allí, dispuesta a ingerir una de las minúsculas tabletas y dejar que fuese produciendo su beneficioso efecto mientras se desnudaba. ¡Qué lejos estaba entonces de sospechar la presencia del visitante!

Sin embargo, en un momento dado e impreciso, sintió un súbito escalofrío recorrerle la columna vertebral. ¿Por qué?

Detuvo la mano que alargaba hacia el mueblecillo y, casi conteniendo la respiración, aguzó el oído. Prestó atención. No sabía definir el motivo, pero... ¡notaba como si unos ojos invisibles observasen sus movimientos con inquisitiva agudeza! Le *golpeaban* el espíritu.

Se volvió veloz, atemorizada por extrañas sensaciones psíquicas. ¡Dios bendito, qué impresión!

La luz parcial que iluminaba el aposento creaba penumbras en los lugares más alejados del helifoco neónico. No vio a nadie. ¡Naturalmente que no existía nadie en el cuarto, aparte de sí misma!

Pero la inquietud vaga persistía. ¡Más fuerte y tangible! Lo atribuyó a sus nervios y procuró dominarlos. ¡Tonterías! ¿Por qué pensaba que unas pupilas extrañas la devoraban con fijo mirar? ¡Sugestión! ¡Estúpida sugestión!

Luchó por serenarse y recobrar el control de las emociones. Sí. Fue una lucha honda y sorda. Tentada estuvo, en un arranque, de abandonar la habitación y correr en pos de Barry. Mas el pensamiento de que él la habría hecho objeto de burlas, le contuvo.

Tomó el frasco de *tarzienol*. ¡Otra vez sintió el fuego ignoto de un escrutinio velado! Impulsada por un afán superior a toda reacción lógica, sin poderlo evitar, accionó el mando general de luces, y la estancia apareció vivísimamente bañada en claridad. Sus ojos, aterrados, se detuvieron entonces en un punto humaniforme.

La sangre se le heló en las venas, refluyendo del rostro, y la

palpitación cardiaca le atronó los oídos. Vaciló sobre los pies, igual que bajo un impacto brutal.

-¡Ah! -exclamó, llevándose una mano a la garganta.

-No tema -aconsejó una voz gruesa, de bajo profundo-. No voy a causarle daño alguno, señorita Tardow.

Petrificada, sintiendo la palidez que invadía su faz igual que una garra opresora, Vera permaneció clavada en el sitio, muy tiesa e incapaz de articular palabra. ¡Un hombre!

No era ilusión óptica. Ni sugestión. Aunque nadie lo creyese más tarde... ¡había un hombre en su cámara privada! El horror le llevó oleadas de calor a las sienes, seguidas de intensísimo frío. ¡Un hombre en la fortaleza supersecreta!

-¡Auxilio! -gritó mentalmente, resonando cada sílaba en su cerebro erizado, pero sin que fluyese sonido alguno de los labios.

-Cálmese.

La voz gruesa, susurrante, dio la orden en tono firme.

No quería obedecer. ¡Lo único que quería era llamar a Barry para que la defendiese del intruso! El frío, sin embargo, se alejó de su cabeza. Los latidos se apaciguaron. Sintió, como una embriaguez, el cosquilleo de la tranquilidad. Luego, jadeante, examinó al desconocido.

Alto sin resultar excesivo. Delgado. De facciones correctas, pulcras, tan perfectas como esculpidas a cincel. Y ojos dominadores. Manos largas, limpias, de una blancura nívea donde no se marcaba ni la sombra azul de las venas. Vestido sencillamente. Sereno. Dueño de sí. Obligando, con sólo mirarla, a experimentar confianza. ¡Qué ser tan extraordinario!

-Siéntese -agregó-. Y olvide el somnífero. No va a necesitarlo. Yo le garantizo que dormirá varias horas sin interrupción.

-M... d... s...

-Siéntese -repitió-. Aún está alterada. Apenas acierta a tartajear las palabras. No tema, señorita. He venido en son de paz, amistosamente, para charlar unos minutos... y marcharme por donde llegué. Hágame caso. ¡Hágame caso! -elevó un poco la voz al repetirlo-. Por favor, créame.

Sí. Vera, impersonalmente, afirmó. Le creía. ¡Aquellos ojos de llama y bálsamo...!

Depositó el frasco en la mesilla y, abatida, se derrumbó encima del

lecho, erguida la cabeza y rígida la espalda. No experimentó la acuciante necesidad de pedir socorro. No. *Ya no precisaba auxilios*. Las pupilas absorbentes, inmensas, le infundían paz.

Calorcillo de bienestar. Acariciaban. Advirtió -acaso por reconditeces del subconsciente- que el temblor huía de sus manos. Terminó el miedo. Murió el temor, sofocado por la serenidad posesiva del visitante.

-¿Quién es usted? -preguntó, ahora con voz totalmente clara.

-Un amigo. Ya sé que a ustedes les gusta dar nombres a los seres. Bien... -curvó los labios, dedicándole una sonrisa seráfica-. Llámeme José.

-¿José?

-Sí. Ése soy yo. ¿Se encuentra más tranquilizada?

-Mucho más.

-¿Puedo sentarme también?

-Hágalo. Se lo ruego.

-Gracias, señorita Tardow. Muy amable.

Antes de acomodarse, exquisitamente cortés, sugirió:

-La luz... ¿le importa? Mis ojos sufren con esta claridad casi estelar. Atenúela. Baje el control hasta la tercera muesca.

Lo hizo. El aposento volvió a quedar como en un principio. El helifoco neónico resultaba más íntimo y acogedor. Anduvo con felina suavidad basta el rincón que antes ocupara, y eligió un apartado sillón.

Sabía que la distancia existente entre ambos coadyuvaría a disipar las posibles y erróneas prevenciones de la joven. Le habían enseñado muchas cosas sobre los complicados terrícolas. No está bien visto, por ejemplo, que un hombre visite a una dama soltera en plena madrugada, permaneciendo a solas en su habitación. Da qué pensar a la sociedad. Las normas humanas son de un delicioso confusionismo. Todo lo malo ha de ocultarse, impedir que se sepa. Paradójicas. Libérrimas e intolerantes. Todo a un tiempo. Su deber era plegarse a las exigencias. Y José, la criatura de la estrella, nunca olvidaba su deber.

-He llegado de muy lejos -confesó-. Perdóneme si no cito el lugar. Creo que usted... jamás habrá oído hablar de mi país. Pero insisto en que se tranquilice. He venido para hacerle un gran bien a su planeta. Mi presencia será recordada con agradecimiento.

La voz, sin perder el susurro, acentuaba el atractivo. Modulaba bien

las palabras; quizá con rebuscado estilismo. Lentas, muy lentas, desgranaba las frases. Las dotaba de todo su poder expresivo, hasta tal punto que parecían filtrarse en la mente como cosa viva.

Si hubiese conversado sobre la lluvia, Vera la habría sentido resbalando por los cabellos y la piel del rostro. Al indicar la lejanía de su punto de origen, imaginó un larguísimo viaje -quizá de siglos- y sintió el abismal recorrido por las rutas infinitas del Espacio Exterior.

-¿Por qué ha venido a la Tierra?

-Porque es necesario. Así lo manifesté antes. Pero... la felicito. No he dicho que fuese extraterrestre, señorita. -Sus ojos relumbraron-. Lo soy. Usted *captó* mi mensaje. Celebro que nos entendamos.

-Comprendo.

-He adoptado el aspecto humano. Una mutación orgánica. Es mi disfraz... tranquilizador. Ya ve. A pesar de ello, tuve la indelicadeza de sobresaltarla. Excúseme. Nada más lejos de mi propósito, se lo aseguro. Deseo explicarle algo sobre lo ocurrido esta noche en la sala de control. Yo tuve la culpa de que la máquina no funcionase.

-¿Usted?

-Sí. Proyecté un campo de ondas *kaw*. La máquina ha sido anulada.

-¿Qué son ondas *kaw*, José?

-Pues... -la agradable sonrisa floreció en la boca de labios perfectos-. Ondas. No conozco otra palabra para explicárselo. Paralizan... Anulan... impiden el funcionamiento de algo que deseamos neutralizar... El campo *kaw* persistirá mientras yo siga aquí. Nada existe capaz de desbloquear la crispación. Ustedes aún no han llegado a inventar algo semejante... pero no negaré que llevan camino de ello. Lo que designan por *arma suprema* es el primer paso dentro del gran camino. Claro que el *arma suprema* también es el primer paso del camino que conduce a la Nada. Al Fin. A la Total Oscuridad. ¿Me entiende?

-Supongo que representa un grave peligro. ¿Es eso, José?

-Sí. Gravísimo. Ni el profesor Mitchell ni los restantes miembros del equipo lo saben. Horrible, señorita Tardow. Avanzan hacia la perdición. Usted, me congratula decirlo, será la encargada de hacérselo comprender. He recibido la orden de que sea un humano quien redima el gran error de la Tierra.

-¿Yo?

-Usted.

-¿Una mujer?

-No importa el sexo. Será usted porque, íntimamente, le aterra el *arma suprema*. Por su escrupulosidad y limpieza moral. Con usted no me veré forzado a emplear medios extremos para convencerles. Y eso es lo único que pretendo: Convencer. ¿Sabe lo que es el *arma suprema*?

-Sí.

-No.

-Sí, sí... Yo he contribuido a...

-Cree saberlo; pero lo ignora.

Hizo una pausa. La miró. Vera sintió una *corriente* cálida penetrar en sus sentidos.

-Cierto que ha contribuido con los vastísimos conocimientos de su especialidad a crear el primer proyectil. No lo niego. Pero a usted le ha ocurrido igual que a esos niños traviesos aficionados a jugar con la pistola de papá. Ellos lo hacen sin mala intención. Sólo les mueve la vanidad de pavonearse ante sus amiguitos y provocar la envidia. ¡Poseen una pistola de verdad! Todos le admiran. Juegan, juegan y juegan... Pero un día, en que papá se olvidó de descargarla, el juego se convierte en tragedia. -Calló, y sus ojos fascinantes la envolvieron poderosamente-. Yo soy papá. He venido a quitarles la pistola, señorita. No para llevármela, entiéndame. Ustedes han jugado ya demasiado tiempo... sin darse cuenta de que está cargada.

-Sabemos bien el poder que encierra nuestro descubrimiento.

-No. Lo sospechan apenas. Ahí reside el error. Han fiado la realidad a una abrumadora cantidad de operaciones matemáticas. En la Tierra consideran esta ciencia numérica como una de las más exactas. ¿Y si yo le revelara que hay un resultado matemático *sin fin*... a partir del cual comienza el caos? Atienda bien esto. Las cifras, las raíces, los cálculos robóticos más avanzados, llegan a una cantidad sin resultado exacto. A partir de esa cantidad, todo falla y todo se invierte. Empieza el punto *sin fin*. La cadena imparable. El desastre. Se lo diré con otro ejemplo. ¿Lo prefiere?

-Dígalo, José.

-Usted, calculando por números, piensa que va a vaciar un lago inmenso. Planifica, construye y crea su máquina. La pone en funcionamiento.

Realiza la prueba práctica a orillas del lago y el resultado es que ha vaciado, no el lago en cuestión... ¡sino un océano! ¿Sorprendida?

-Pero...

-¡O todos los mares del planeta!

-Eso...

-O también... ¡hasta la última gota de humedad que atesoran las nubes! ¡Su mundo habrá quedado sin agua! ¿De qué vivirán ahora las plantas, los animales, ustedes mismos? Han fallado las matemáticas. El vaciado de un simple lago, se pagará a precio de ruina total. ¿Comprendido?

-No... no puedo creer...

-Claro que no puede. Y la disculpo. Si ustedes supiesen esto, aplicado a ciencias más compactas que los ejemplos aportados por mí, sabrían tanto como los seres que pueblan mi remoto país. Ya le advertí que son niños aficionados a jugar con la pistola de papá. Niños curiosos... y traviesos. Empezarán a comprenderlo cuando se haya consumado la tragedia. Cuando la pistola, disparada por accidente, tal vez asesine al propio papá.

-¿Se refiere a su mundo?

-A todos los mundos. Fíjese: A TODOS.

-Yo...

Vera suspiró. Le dolía la cabeza. No era terror. La crisis temerosa, después de la primera impresión motivada por el visitante, estaba superada. Pero aquella voz gruesa y persuasiva, tan expositiva sónicamente como una manifestación videográfica, le producía atormentadoras sacudidas psíquicas. Verdaderos zarandeos.

Veía, espantada, una Tierra sin agua, cubierta de peces asfixiados, plantas marchitas y animales corruptos. Veía un cielo sin nubes, lapidando el bárbaro cementerio de millones y millones de terrícolas insepultos. ¡El mundo sin agua! ¿Por qué? ¡Por un error de cálculo! Por causa de una máquina absurda de vaciar lagos...

-¡No!

-La he confundido -advirtió José-. Perdón, señorita.

-Sí... Me aturden sus ejemplos.

-Y en realidad, no son más que eso. ¿Imagina la realidad? Hablemos del *arma suprema*. El proyectil que pensaban probar esta noche en el espacio, según cálculos matemáticos, causaría fuertes destrozos en la Luna,

desintegración de las astronaves de servicio y algunas perturbaciones reflejas en la Tierra. Muy bien. Así ocurriría, *aceptando las cifras como infalibles*. Pero no las aceptemos. Yo le diré algo más.

-¿Sería el fin del planeta?

-Escúcheme -José cruzó una pierna sobre la otra, y balanceó el pie, rítmico y pausado-. ¿Qué es el *arma suprema*? Atienda mi explicación dicha en tres palabras: Un sol sintético.

-¿Un sol? Bueno; el profesor Mitchell lo describe como un ingenio hipersolar...

-Sí. Energía, calor, átomos liberados, emanaciones luminosas, rayos, superpotencia... En definitiva: Un pequeño sol fabricado gracias a las probetas, retortas, crisoles, tubos de ensayo, diseños de ingeniería, miles de operarios que trabajan sin ver la luz en las entrañas perforadas de esta isla... y un cúmulo de fórmulas matemáticas. Un descubrimiento de mérito, conforme. Eso no lo negaré. Ustedes, los habitantes de la Tierra, han temido infinidad de veces por la destrucción de su mundo. Lo cierto, es que en más de una ocasión han estado a punto de sucumbir. Supusieron esta muerte de muy diversas maneras. Colisiones astrales. Cataclismos internos del subsuelo. Violentísimos choques estelares. Desprendimientos de masa. El ecuador perforado por un meteorito gigante... En verdad, hace de ello cinco mil años terrestres, a punto estuvieron de perecer a causa de sus insensatas guerras. Pero hay algo que rechazan de plano desde milenios atrás. Me refiero al Sol que les alumbra, que les caldea y vivifica.

José movió la helénica cabeza desaprobadoramente.

-A ese Sol tan necesario que califican de Astro Rey -continuó-. Pero que es una vulgar estrellita del espacio sin confines. Quizá usted no ignora que en astronomía, atendiendo a las dimensiones, sitúan en la tabla de las supergigantes algunas estrellas por todos conocidas. Capella posee un diámetro dieciséis veces superior al Sol. Aldebarán, treinta y cinco. Antares lo supera trescientas noventa veces y sobrepasa su volumen en sesenta millones. En la constelación de Cochero, existen estrellas con un diámetro... ¡dos mil veces mayor! En resumen: Su venerado sol no es más que una insignificante *enana amarilla*. Sin embargo... ¿qué restaría de la Tierra si el astro clave de su sistema se les precipitase encima? Conteste. Dirigir impactos entra dentro de su especialidad.

-Una catástrofe, claro.

-¿Y si los restantes soles, por contagio, empezasen también a desplomarse?

-Pero... los astrofísicos han predicho...

-Ya lo sé. ¡Predicciones! Todas ellas, naturalmente, basadas en cálculos matemáticos. No hay peligro, ¿eh? El Sol está *fijo* en su lugar. Nunca caerá. Lo único que puede suceder, según más y más números, es que se enfríe. Que deje de alumbrar y calorificar la corteza terrestre. ¡Bah! Recuerde esto, señorita Tardow: Sólo con que la Tierra variase ligeramente su órbita y se aproximase al Sol... ¡las cenizas carbonizadas cubrirían el suelo del planeta! ¡Exterminio total! Si ello es factible de ocurrir por una ligera desviación... ¿dónde se cobijarían ustedes en el caso de que la modesta *enana amarilla* avanzase para chocar con la Tierra? ¡No quedarían más huellas en el espacio de la presencia de su mundo que vaporosas nubecillas! Así de terrible es el Sol. A pesar de ello, fabricando la muerte en su propia casa, acaban de inventar un arma hipersolar. ¡Un arma que les aniquilará! Yo le aseguro que...

-Por favor... ¡Por favor!

-¿Se encuentra mal?

-No -Vera se pasó una mano fría por las ardientes mejillas-. Creo... creo que estoy temblando.

-Discúlpeme -rogó él, tras unos segundos de silencio-. En mi afán de convencerla, he olvidado un factor esencial: la fatiga orgánica. Sus tres dimensiones llevan parejos algunos inconvenientes de resistencia. Bien. Seré breve: El *arma suprema* es un sol prefabricado. ¡Y como tal actuará al estallar!

-José...

-Diga.

-¿Es usted, ciertamente... un ser de otro mundo?

-Lo soy. Y desde ese otro mundo, he venido para advertirles. ¡Cesen en la tarea! Abandonen el proyecto, y renuncien a experimentar el primer proyectil. El estallido no sólo afectará a la Luna... ¡Fragmentará el satélite sin piedad y miles de lunas girarán en torno a la Tierra! Pero... ¿cree usted que va a quedar algo de la Tierra? ¿Qué pasaría en su galaxia próxima, en ese minúsculo Sistema Solar, si el Sol se destripase en todas direcciones? ¡Y ustedes han perdido doscientos años de trabajo para labrar el fin caótico!

-¡Cállese! -gritó Vera, rígida y crispada, poniéndose en pie de un salto-. No... no me torture más ¡No lo soporto! -e imploró después, en un sollozo-: ¡Márchese!

José, ágilmente, abandonó el sillón y anduvo hacia ella. En su rostro agradable, demasiado bello pese a la masculinidad de los rasgos, se pintaba la comprensión y la piedad.

Vera Tardow, al fin y al cabo, había demostrado ser lo bastante vigorosa al soportarle hasta tal punto. Debía tener fe, porque le secundaría en la empresa. De forma genérica, ayudándose por los infantiles ejemplos, ya había dicho lo suficiente para que ella asimilase la monstruosa temeridad que, sin saberlo, iban a realizar los científicos del equipo de Mitchell.

No se atrevió a tocarla, conteniendo el ademán de las manos que ya iniciaban un movimiento para intentar calmarla. Esperó, en silencio, hasta que el sordo conato de histeria fue cediendo y ella, con los ojos arrasados en lágrimas, volvió a mirarle.

-Ha sido igual... que si sintiese la hecatombe... en carne propia -balbuceó-. ¡Qué espanto, Dios mío!

-No tenía otro remedio que hacérselo sentir, señorita Tardow. Comprenderá ahora por qué he impedido la prueba con las ondas *kaw*. El arma que han inventado tiene que mantenerse en el anónimo. Desaparecer. Atenta no sólo contra el género humano, sino contra todas las razas galácticas y astros gravitantes desde aquí al Cuarto Sol. Es un peligro incalificable, puesto que disparando el primer proyectil, se originaría una reacción en cadena, una serie de cataclismos desatados por simpatía... Lo que, en nuestras matemáticas superiores, designamos por producto *sin fin*.

-Si tan poderosos son los sabios de su mundo... ¿Qué razón les impide destruir el arma?

-Hay una, y muy importante. ¿Con qué pretende que la destruyamos?

-Tienen esas dichosas ondas *kaw*, ¿no? ¡También poseerán rayos desintegrantes!

-Desde luego, rayos... y otros ingenios aún superiores. Los tenemos... aunque podría decirse que en calidad de reliquias. Nuestra especie es pacífica... cumplimos fielmente los mandatos de Dios, que ha creado todas las especies y todos los espacios. Vivimos en concordia perpetua. Tal vez por ello se nos ha elegido como mediadores en esta ocasión. Quien lo hizo sabe muy

bien que ninguna acción interesada o falaz podrá esperarse de nosotros. Pero la cuestión no radica en desintegrar el arma. Queda el proyectil. La desintegración produciría, asimismo el estallido. Y con el estallido... ¿quién evitaría el desastre? No, señorita Tardow -su modélica cabeza negó pausadamente-. No somos nosotros los llamados a destrozar el artefacto fatal... Hemos hecho demasiado preocupándonos por el progreso del invento, vigilándoles desde que el profesor Loak halló la ecuación primaria e impidiendo, mediante la paralización energética, el experimento de la noche pasada. Es a ustedes, los autores, a quienes corresponde desarticularla, quemar los planos y olvidar cuanto se relaciona con ella. ¡Háganlo! Yo no he sido enviado para romper, sino para neutralizar, primero, y persuadirles después. Hable con sus amigos...

-Oh... ¡Me siento tan extenuada!

-Descansará enseguida. Va a dormir varias horas y cuando despierte... tendrá fuerzas para afrontar la misión. Piense que se trata de un acto de conciencia. Usted salvará a la Tierra. No le importen las humillaciones que quizá deberá soportar más tarde.

-Sí... Quisiera dormir...

-Dormirá -los ojos de José, magnéticos, la miraban dulcemente, con perforante penetración-. Dormirá, señorita Tardow... Pero no olvide mi visita... No la olvide... Yo volveré a verla pronto... Muy pronto... Volveré... Ahora, descanse... Relaje el cuerpo hasta dejarlo laxo... Cierre los párpados... Así... Así le invadirá el sueño reparador... El sueño merecido...

Vera Tardow se dejó caer, sentada, sobre el lecho. Luego, inclinando el torso, adoptó la posición yaciente. José -¡el extraño y enigmático José!- depositó las colgantes piernas encima de la plataforma mullida, cubriéndolas con el embozo de lana sintética y termodinámica.

Al poco, la cadenciosa respiración de la joven denotó su normal descanso. Flotaba, imprecisa, una bella sonrisa en los labios gordezuelos. Igual que si Vera experimentase el goce de sueños deliciosos.

Para entonces, rodeado de inmaterial silencio, José había terminado el fenómeno antimutativo. Volvía a ser una criatura bidimensional.

Como un soplo de brisa, o un suspiro procedente del Más Allá, abandonó el aposento. Se esfumó. Así. ¡Sencillamente!

Su misión estaba cumplida por el momento. Ahora correspondía a los

terrícolas asimilar la lección y llevar a la práctica los demoledores consejos. ¿Lo harían? Todo, hasta lo más absurdo, es dable esperar de la compleja raza humana.

CAPÍTULO IV

INCREDULIDAD

Las miradas burlonas de todos los reunidos convergían en el pálido y hermoso rostro de Vera Tardow. No le creían. Esto era lo que expresaban las pupilas. Una evidencia palpable.

Condescendientemente, apelando a la cortesía y delicadeza para sofocar el deseo perentorio de aplastar sus manifestaciones con una contradicción rotunda, los hombres congregados en torno a la bella especialista escuchaban su explicación en medio de la apatía general.

Sólo Barry Town, abriendo y cerrando las fuertes manos con inquietud, parecía absorber el dramático significado de sus frases entrecortadas, temerosas, pero a todas luces veraces.

Afuera, en el exterior de la inexpugnable fortaleza, resplandecía el fuerte sol, brillando cegadoramente sobre las aguas quietas del océano que ceñía la isla por todo el litoral. Un nuevo día para el equipo del profesor Mitchell. Otra jornada para la Ciencia.

Y como en el propósito colectivo anidaba la idea de desentrañar la posible avería sufrida por la máquina lanzadora del *arma suprema*, se habían abandonado todas las premoniciones anteriores y las advertencias de la mujer resbalaban sobre sus camaradas con marcada y casi exasperante ineficacia. Concretamente, no concedían el menor crédito al relato.

Lo consideraban absurdo. Inverosímil. Pueril y fantástico. Fruto de una alucinación, una pesadilla de huella indeleble o un estado de ánimo pasajero, tal vez fomentado por el abatimiento.

El escepticismo imperaba, y Vera Tardow, consciente, advirtió la inutilidad de sus esfuerzos mucho antes de que concluyese la sincera revelación de tan asombrosa visita extragaláctica.

Guardaron silencio al terminar de hablar.

Mitchell, reflexivo, la examinaba con atenta curiosidad. Chass Lipton y Billy Mendoza, un tanto sardónicos, esbozaban risitas incrédulas. Tomás Kerr, frío de rostro e impasible de ademanes, no traslucía su emoción. Respecto al doctor Claim, también flemático, se distraía jugueteando con la gruesa sortija de su dedo anular, a la que hacía girar caprichosamente.

-Le creen, ¿verdad? -preguntó Barry Town con cierta aspereza.

El tono, y la acritud de la voz, hizo que le mirasen con visible

reproche.

-¿Usted sí? -inquirió, altivo, Lipton.

-¡Desde luego! De principio a fin. No es más que lo que nosotros habíamos supuesto. ¡He ahí la influencia *exterior*! Conozco a Vera mejor que nadie, y sé que es incapaz de urdir semejante patraña. Cuando ella asegura que un ser extraterreno la visitó en su aposento... ¡no tenemos derecho a ponerlo en duda!

-En materia de juicio, le considero a usted bastante parcial. Especialmente, tratándose de la doctora Tardow.

-¿Por qué? -se engalló Barry.

-¡Hum! No creo necesario aclarar lo que es tan evidente. Todos sabemos los lazos afectivos que les unen...

-¡Lipton!

-Caballeros, por favor -intervino el profesor Mitchell-. Serénense. Dígame, ingeniero Town: ¿Es oportuno mostrarse agresivo para demostrar convicción?

-¿Y ustedes? ¿Por qué no se despojan de la actitud de superhombres? Ayer estaban dispuestos a creer cualquier cosa, por descabellada que fuese. Ahora se niegan a ello. ¡Vera no ha perdido la razón! ¡Créanle!

-Gracias, Barry -musitó la joven-. Pero temo que así no llegaremos a ningún sitio. Déjales... No he logrado convencerles. Lo siento.

-Pero... ¡es estúpido! ¿Qué les impide tomar en consideración tus palabras?

-Permítame -rogó Mitchell otra vez, haciéndose cargo de la opinión general-. Cierto que anoche yo estaba dispuesto a creer en magia negra y en brujerías. Lo reconozco. La paralización de la máquina me anonadó. Sigo sin hallar la explicación adecuada; pero, tal como les pedí, el tiempo transcurrido ha obrado el milagro de calmar mis ansias. Éste fue el voto de confianza que rogué. Ahora, sereno del todo, comprendo que *nada*, absolutamente nada externo, turbó la prueba. Cuanto digamos en sentido contrario son ganas de sacar las cosas de quicio. No me cabe duda de que cuanto hablamos, cuando discutimos e imaginamos, pesó decisivamente en el ánimo de la doctora Tardow. Influenciada por ello... hemos llegado a esta lamentable consecuencia.

-¿Usted también? Nunca lo hubiese creído, profesor.

-No lo enfoque como una confabulación colectiva. Hemos meditado fríamente. Todos apreciamos a la señorita Tardow, y la reconocemos adornada de múltiples virtudes morales y profesionales. En otras circunstancias, supongo que nadie se habría molestado en menospreciar su relato. Ahora, han concurrido algunas que nos obligan a mirar los fantásticos hechos expuestos con lógico recelo. ¿Cómo entró? ¿De dónde procede ese visitante? ¿Qué le importan nuestros inventos? Y otra pregunta más, relacionada con Vera Tardow: ¿Sabía usted, Town, que el doctor Claim la sometió a examen médico esta mañana?

-Sí. Vera me lo advirtió.

-Conforme. Aunque, quizá, desconoce el dictamen del doctor.

-Lo desconozco.

-Me facilitó un parte psicofacultativo antes de que accediese a otorgar la reunión. Para que lo sepan, tanto usted como la interesada, ruego al doctor Claim tenga la bondad de aclararnos en términos llanos sus impresiones tras el examen. Por favor, doctor.

Claim dejó de dar vueltas a la sortija. Echó atrás el asiento y se puso de pie. La atención general recayó entonces en su ahusada figura.

-Con mucho gusto -dijo tras carraspear-. Ya le indiqué, señorita, que sus nervios habían sufrido una ruda alteración. Un *shock*, como diagnosticamos nosotros. Incluso le he prescrito un ligero tratamiento sedativo. ¿Cierto?

Vera asintió. Barry Town, pálido, crispó los puños.

-Bien. El motivo de que la sometiera a reconocimiento obedeció a encontrarla ausente, distraída y nerviosa durante el desayuno...

-¡Efectos de la impresión nocturna! -interrumpió Town-. ¡La presencia del visitante la afectó profundamente!

-Todos recordarán sus dos errores -añadió Claim, impertérrito y sordo al alegato-. Primero: Verter vitaminizante líquido en la macedonia de frutas, confundiéndolo con el frasco de edulcorante. Segundo: Olvidarse de la etiqueta impuesta y abandonar el comedor antes de que lo hiciéramos los demás. En este sentido, llamó la atención del ingeniero Town, el cual la excusó y dijo: *“¡Qué rara está hoy Vera!”*. Son sus propias palabras. Quince minutos más tarde, la llevé a consulta.

Calló. Los ojos de Barry buscaron los de su amada. Una mirada

intensa los envolvió a los dos. En ella, el hombre le ratificó su adhesión y el firme encono de defenderla en contra de todas las opiniones.

-Me interesé por su sueño -agregó Claim-. Confesó que había dormido de un tirón. Lo dudé. Resultaba extraña su afirmación al observar la lentitud e imprecisión con que respondía a mi *test* de preguntas clínicas. Parecía abotargada. Fruto claro de insomnio pertinaz en lugar de descanso completo. Entonces, le pedí que se tendiese en la mesa y di principio a mi examen. Abreviando. He aquí los resultados: Miosis pupilar, circunstancial, a la proyección lumínica. Globo enrojecido e iris turbio. Síntomas patentes de un prolongado llanto nocturno. ¿Por qué lloró? No recordaba haberlo hecho. Alteración notable del sistema nervioso, pulsación rápida, denotando que, en ocasiones, sigue bajo los efectos emocionales que motivaron el *shock*. Una somera exploración encefalográfica reveló terror, deseo de fuga y conciencia de culpabilidad. Lo he visto otras veces en personas que padecen... pesadillas atroces. Un mal que puede hacerse crónico. ¿Desea que me extienda en el terreno fisiopatológico, profesor?

-No, gracias. Es suficiente.

Claim volvió a su asiento. Le aliviaba no tener que entrar en honduras. Mitchell, con timbre, indulgente, añadió:

-El doctor Claim ha callado, por indicación mía, otros pormenores secundarios... pero que un simple profano podría traducir en dos palabras: Fuerte alucinación. No subestimo su esfuerzo al relatarnos lo que *ha sentido*, doctora Tardow. Al contrario; honestamente aplaudo su honradez. Pero, y con esto doy por finalizada la reunión, le garantizo que ese José espacial y su sarta de amenazas sólo ha existido en su imaginación... Tómese el resto del día. Queda en libertad de moverse a su antojo. Las últimas semanas han sido agotadoras, y resulta comprensible que todos acusemos un cierto desgaste mental. La debilidad nos hace ver... visiones. -Se levantó y movió la cabeza, dando por zanjado el incidente-. Vayamos al taller. El *arma suprema* nos espera. Mañana, tras el repaso general de hoy, me propongo realizar otra prueba. Y esta vez... ¡seguro que no fallaremos!

De semejante forma, sin más dilaciones, quedó resuelto y fallado el *caso* planteado por Vera.

Inútiles fueron las oposiciones de Barry, terco hasta el último instante. Mitchell había dado su veredicto y además, contaba con la absoluta

aprobación de los restantes científicos. La visita extragaláctica quedó enterrada entre la indiferencia e incredulidad de todos.

El día fue, efectivamente, de intenso laboreo.

Mientras la entristecida joven, sentada sobre la arena de la playa y tomando puñados que deslizaba en finos chorros por entre los dedos, revivía una y mil veces las secuencias del asombroso suceso -que ya casi empezaba a juzgar también increíble- los hombres, armados de medidores supersensibles, repasaban los millones de piezas delicadísimas que componían la costosa maquinaria. Hasta el taller, apagado, llegaba el rumor sordo procedente de las naves subterráneas, donde una legión de técnicos y operarios especializados fabricaban el segundo proyectil. Pronto la importancia de su cometido logró enfrascarles de tal forma que el recuerdo de José se hizo pálido y lejano en sus mentes.

Pero José, a pesar de todo, existía.

Desde su astronave, mediante revolucionarios procesos telefotoeléctricos, seguía sus movimientos y se hallaba al corriente de los detalles. La pena de Vera le causaba congoja. Y, como ser bueno que era, todavía no desesperaba de inculcarles cordura al equipo de locos afanados en destruir la armonía del Universo con su arma hipersolar.

Aquella noche, sin embargo, no ocurrió nada.

Después de la cena, envueltos en el silencio casi sepulcral que se adueñaba de la fortaleza al término de la jornada, Vera y su prometido se retiraron a sus habitaciones. Como de costumbre, él la acompañó hasta la misma puerta. Entonces, gozando de la soledad, hablaron en voz baja.

-Ha ocurrido lo que yo sospechaba -dijo Barry-. ¡Una pérdida insulsa de tiempo! La máquina se encuentra milimétricamente construida y montada sin fallos. Ha sido inútil que Mitchell tratase de hallar la avería. No la hay, Vera. Y no la hay, precisamente... ¡porque tú dijiste la verdad! Las ondas *kaw* detuvieron la evolución energética.

-¿Me crees, Barry?

-Huelga la pregunta. Ya sabes que sí

-¡Es terrible! -exclamó ella, acariciando su frente con las manos-. Te aseguro que dudo de mí misma.

-¿No le viste con tus propios ojos?

-Sí. Juraría que le contemplé... Que hablamos... Pero... ¡es tan absurdo

todo! ¿Y si fuesen imaginaciones mías, como diagnosticó el doctor Claim? A veces, temo haberme dejado influenciar por una pesadilla espantosa.

Barry se hizo cargo de la turbación que embargaba su ánimo. Atrayéndola suavemente hacia sí, le rodeó el talle con los musculosos brazos y besó su boca de fresa.

-Dentro de ti hay dos fuerzas en pugna continua -musitó a su orejita rosada-. No es para menos. He tratado de reconstruir la escena y comprendo que debió ser una experiencia impresionante. Creo que, por el momento, no debemos extenuarnos con incertidumbres. Dejemos las cosas como están, querida. El profesor Mitchell intentará repetir la prueba mañana mismo. José volverá... Te lo prometió, ¿no es cierto?

-Sí.

-Entonces... me tendrás a tu lado. No lo imagino belicoso. Su misión, tal como la expuso, resulta digna de un insólito ángel tutelar. Trataremos de atraparlo...

-¿De qué?

-¡De atraparlo! He pensado un plan para destruir la incredulidad de nuestros colegas y aclarar el misterio de una vez para siempre.

-Barry, yo...

-Chitón. No te devanes el cerebro. Eso es asunto mío... Ve a acostarte y procura descansar. Mañana habrá ocasión de redondear la trampa. Si José cae en mis manos, la evidencia será tan irrefutable que nadie se atreverá a negarlo. Suponiendo que se trata de un vulgar impostor... ¡le arrancaremos la verdad por todos los medios! Pero si ciertamente ha venido de muy lejos, de los confines del espacio y sus aseveraciones respecto a la muerte del Sistema Solar disparando supercohetes está fundamentada, creo que... Bueno. Será cuestión de escuchar sus razones. ¡Y a fe que a mí no logrará atemorizarme con simples ejemplos! Ya me conoces.

Desde luego. Vera le conocía perfectamente. Tanto, que cuando se despidieron y entró en el aposento, empezó a temer por la vida de su amado.

Era arriesgado. Temerario. Ignoraba el miedo, y muy capaz le creía de cometer una imprudencia fatal.

Pero no había forma de detenerle cuando una idea fija se le clavaba entre ceja y ceja. De su audacia ya dio pruebas en otra ocasión, cuando un equivocado montaje preliminar del proyectil estuvo en un tris de accionar los

disparadores que activarían la explosión. Fue un momento indescriptible. Barry, perlada la frente de sudor y consciente de que iba a jugarse la vida, desconectó los resortes sin más instrumental que sus manos desnudas, evitando que la isla y sus moradores desapareciesen para siempre de la faz del mundo. Fue un rasgo de heroico valor que jamás olvidaría.

Tuvo aprensión en recurrir al *tarzienol*, y no pudo conciliar el sueño en toda la noche. Cuando amaneció, ojerosa, dolorida y mentalmente deshecha, saltó del lecho y se presentó en el comedor para desayunar. Allí conoció la excitante noticia: El profesor Mitchell intentaría de nuevo consumar la prueba. Iba a ser una noche inolvidable para los científicos.

CAPÍTULO V
JOSÉ, CRIATURA ESTELAR

Vera Tardow, frenética, no pudo sofocar un grito desgarrado cuando el impulsor que manejaba Mitchell dejó de zumbar, se detuvo en *plena marcha* y los relojes sincronizados se negaron a marcar la fatídica *hora cero*.

¡De nuevo el fracaso! ¡Otra vez anulada la máquina por las invencibles ondas *kaw*! ¡No existía antídoto para la extraordinaria paralización!

Repitió el grito inconscientemente, acaso arrastrada por un feroz impulso que se adueñaba de todo su ser, y luego, acto seguido, abandonó su puesto e intentó correr, despavorida, hacia la salida de la cámara. ¡Parecía haber enloquecido de repente!

Los galvanizados hombres que esperaban el resultado del experimento encerrados en la atiborrada Sala de Control, sintieron una crispación incontenible que sacudió las fibras de su cuerpo. Chass Lipton, barbotando juramentos, se lanzó en pos de ella. Kerr y Mendoza, sorprendidos, no acertaron a adoptar una determinación. El doctor Claim, nervioso, también gritó algo.

Pero fue la exasperada voz del viejo Mitchell, rugiente, quien se impuso a la confusión general.

-¡Deténganla! -ordenó- ¡Puede destrozar algún instrumento delicado...!

Vertiginosamente, actuando por reflejos, apenas escapó el alarido de labios de Vera, Barry Town dejó los multicomprobadores y se olvidó de todo cuanto no fuese prestar ayuda a la electrizada joven.

Sus manos vigorosas, nervudas, cayeron sobre los hombros de Vera, y empezó a sacudirla violentamente.

-¡Domínate! -chilló-. ¡Domínate, por Dios!

Los rudos zarandeos surtieron su efecto inmediatamente. Vera, con los ondulados cabellos batiendo su frente y los ojos enturbiados, empezó a recobrar la conciencia de sus actos. Balbuceó algunas frases ininteligibles, se abrazó a Barry y por último, dando rienda suelta a su frenesí por la única válvula de escape plausible, sollozó largamente. La crisis había pasado.

-Ha fallado -rumió Mitchell mientras apartaba su atención de la transfigurada joven y posaba la triste mirada en el grandioso aparato-. Como

la otra noche.

-Sí, ha fallado... ¡maldita sea! -barbotó Chass Lipton, el asesor militar-. Tantos desvelos, tantos esfuerzos y sueños... ¡para nada! Tentaciones me dan de aplastar ese desdichado impulsor a martillazos.

-¿Ha ocurrido exactamente igual, profesor? -preguntó Tomás Kerr.

-De todo punto. No hay duda. Una repetición idéntica.

-¡Asombroso! -se admiró Billy Mendoza-. Volvemos al punto de partida... y ahora creo que a nadie se le ocurrirá achacar la paralización a una posible avería. La máquina fue minuciosamente repasada. -Se volvió a mirar a Vera, quien iba recuperando la cordura bajo los cuidados que le prodigaban Barry y el doctor Claim-. Quizá convendría pedirle a la señorita Tardow... que nos repitiese su versión. Deberíamos estudiarla a fondo.

-¡No diga majaderías! -masculló Chass Lipton.

-¿Eso opina? Pues, bien. Le advertiré algo...

-Esperen -rogó Mitchell-. Ahora hablaremos. Esa joven está verdaderamente excitada y sería cruel obligarla a permanecer entre nosotros. A solas, resolveremos la línea de conducta a seguir. ¿Qué tal la encuentra, doctor?

Claim, parco, replicó:

-Necesita reposo. Un calmante la beneficiará.

-¿Le aqueja algún mal?

-Nervios.

-Nervios, nervios... -repitió Lipton con impaciencia- ¿Quién no está nervioso en tales circunstancias? No perdamos tiempo, profesor. ¡Hay que buscar la solución!

-Llegaremos a ello -afirmó Mitchell-. Bien sea por caminos lógicos... o fantásticos. Por lo pronto, Vera Tardow nos molestaría más que otra cosa. Llévesela, doctor.

-¿Puedo acompañarla? -solicitó Barry con presteza.

-Su colaboración nos es necesaria...

-¡Que se vaya! -rechazó el encolerizado Lipton- ¡También es otro estorbo! El papel de perrillo faldero le sienta a la medida.

-Algún día, perderé los estribos... y le romperé la nariz, amigo -prometió Barry fríamente-. Pero no voy a hacerlo esta noche. Vera es más importante que su nariz.

-¿De veras?

-¡Caballeros! -reprendió Mitchell-. ¡Se empeñan en sacar las cosas de quicio! ¿Por qué no arrinconan las cuestiones personales? Ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza por el fracaso del *arma suprema* para agravarlos con rencillas frívolas. Usted, Lipton, no sea tan ofensivo. Y en cuanto a usted, Town... -suspiró impotente-. Sí, es mejor que se vaya. Mañana le daremos cuenta de nuestras conclusiones.

-Gracias, profesor.

Vera, entre Claim y Barry -que la sujetaban de los brazos- se despidió de los presentes y abandonó la Sala de Control. Innegablemente, los nervios le habían jugado una mala pasada. Una mala pasada de la que todavía no se veía libre.

Los ojos, inquietos, mostraban dilatación pupilar. El pulso latía a noventa pulsaciones por minuto. La transpiración humedecía su piel y, de lapso en lapso, repentinos temblores estremecían su cuerpo. Todo ello, naturalmente unido al insomnio nocturno y la depresión general, la tenía medio desfallecida.

Como medida preventiva, fueron a la enfermería. Allí, tratando de disuadirla de sus temores, el doctor Claim le administró un sedante desprovisto de toxicidad y le puso en las manos un pequeño frasco dotado de graduador.

-Se instilará una gota en cada orificio nasal cuando note nerviosismo. Efectúe la aplicación con la cabeza echada hacia atrás. ¿Comprendido, señorita Tardow? La acción psicodescongestionante de este preparado eliminará la excitación. Sentirá un gran alivio.

-Comprendido, doctor.

-Ahora, la acompañaremos a su habitación. El sedante no es soporífero, pero contribuirá a hacerle más fácil el sueño. Debe dormir. ¿Será buena chica?

-Sí, doctor.

-Yo me encargo de que cumpla sus indicaciones -dijo Barry-. Necesita el descanso tanto como el aire que respira. Descuide. ¿Alguna otra recomendación?

-Ninguna.

-Si lo desea, puede usted volver junto a los demás. Deje a Vera en mis

manos.

-Pues... quizá no debía consentirlo -rió Claim intentando devolverles el buen humor-. Una pareja de enamorados solos es tan peligrosa como una descarga nuclear. Pero tengo confianza en ambos. Además, no negaré que me interesa profundamente conocer el resultado de las deliberaciones que se llevan a cabo en la Sala. Nos veremos mañana. Claro que, si algo la intranquiliza, espero no dude en llamarme a cualquier hora.

-Así lo haré -prometió Vera-. Buenas noches. Y gracias por sus atenciones.

Lentamente, ya que ninguna prisa les corría, los dos jóvenes se dirigieron al piso superior, donde se hallaban instalados los departamentos particulares. Claim, utilizando el ascensor neumático, se apresuró a regresar al lado de Mitchell y sus acalorados colegas.

Durante el recorrido, mientras se aproximaban a la planta-dormitorio, Vera, con voz todavía insegura, comentó:

-¿Qué... qué te ha parecido?

-Elocuente -replicó Barry-. Muchísimo, cariño. Digan lo que digan, tú no has visto visiones ni padecido pesadillas. Excesiva coincidencia para ser fortuito. La evidencia es abrumadora.

-Ha sido José. ¡Estoy segura de ello, Barry! Su campo de ondas *kaw* interrumpe el desarrollo cíclico de la máquina. Nunca lograremos hacer estallar el *arma suprema* en el espacio. ¡Él ha venido para velar por la supervivencia del Universo!

-Serenidad, Vera. Si vuelves a excitarte, sufrirás un nuevo ataque de nervios. No te esfuerces en convencerme, porque estoy seguro de cuanto dices. Ya sé que a los demás, y al resto del mundo también, sólo puede parecerles inverosímil. Nos encontramos ante un hecho sin precedentes en la historia. ¡Un ser extragaláctico viene para quitarnos la mortífera pistola de papá! No será fácil convencer a los dirigentes del Alto Mando Unificado, desde luego. Pero al menos, hay un hecho concreto: Tú y yo estamos plenamente convencidos de la existencia de José.

-Sí. ¡Existe, Barry!

-Eso simplifica la cuestión... y me decide a poner en práctica el plan ideado. Quiero saber algunas cosas. Tú le viste bien.

-Como te veo a ti.

-Mejor. Eres observadora excelente, y lista. Dime: ¿Cuál fue la impresión que te causó?

-No sé... Extraña, por supuesto -Vera se estremeció con sólo recordarlo-. Apacible al principio; apasionado después. Parecía un ser de carne y hueso, exactamente como nosotros. Dijo que tomó aquella figura aplicando una mutación orgánica. En realidad, no producía aversión. Antes bien, pasado el primer instante, me sentí protegida ante él... No tiene intención de causarnos daño, Barry. ¡Ha venido a salvarnos! Es igual que un hado benéfico, preocupado por la insensata brutalidad de los terrícolas.

-¿Llevaba armas?

-No... Juraría que no.

-¿Corpulento?

-Menos que tú. Aparte, delicado de rasgos y silueta.

-¿Crees que resistiría un buen puñetazo en la barbilla?

-¿Qué estas pensando, Barry?

-Atraparle, ya te lo advertí ayer. Me interesa, naturalmente, vivo. -Town se frotó el pómulo derecho con los nudillos, meditativo-. Será interesante y fabuloso someterle a un interrogatorio. Cuento contigo para echarle el guante, pequeña. Verás. Teniendo en cuenta que la prueba ha fallado, casi resulta obligado pensar en una nuera visita. Contamos, también, con su promesa de volver. Quizá sea esta noche o quizá sea otra cualquiera. Pero si se le ocurre comparecer ahora, procuraré que no me pille desprevenido. La ocasión se ofrece demasiado tentadora.

-¿Cómo lo harás?

-No te lo digo. Acaso ese sujeto posee facultades telepáticas. A ti te manejó con relativa facilidad... y no has regateado comentar el magnetismo poderoso que fluye de sus ojos. *Leería* la verdad en tu mente. Perdona. Mi plan es sencillísimo... Una artimaña complicada no surtiría efecto. Olfatearía algo raro en el ambiente. Todo se reduce a que no cierres por dentro la puerta de tu cuarto. Así, cuando convenga, ¡entraré de cabeza! No esperará mi irrupción. ¡Caeré sobre él como un huracán cósmico!

-Barry...

-Di.

-Quiero tu promesa formal de que no...

-¡Oh, descuida! Seré prudente -sonrió alegre, y agregó-: Deseo vivir

muchos años... para verte rodeada de pequeñuelos tan lindos como tú.

-¡Tonto! -rió, aliviada de sus temores, Vera.

-Seguro. Tonto por ti... hasta los mismos huesos.

El cebo estaba en marcha. ¿Picaría José, la criatura de las estrellas?

Quince minutos más tarde, Vera se recluyó en su habitación. El sedante había logrado calmarla decisivamente y cuando deseó las buenas noches a Barry, en el pasillo, su semblante poseía la serena hermosura de siempre. Cerró la puerta, sin conectar los servomecanismos de seguridad, y escuchó los pasos familiares del hombre, alejándose.

Lo que no sospechaba ella, quizá por su sencillez, era que Barry, de puntillas, deshizo lo andado y se acomodó filosófico, al lado del umbral.

Una espera de horas -o de toda la noche- le aguardaba. Una espera, además, que acaso resultase infructuosa. Pero se sentía decidido a correr el albur. Vera, físicamente derrengada, no tardó en conciliar el sueño. La tibieza del lecho, su propia laxitud y el aplacador efecto del calmante, obraron la consecuencia de vencerla enseguida. No pudo determinar el tiempo que pasó durmiendo. Lo único que recordaba con precisión era que cerró los párpados y se entregó al descanso.

La primera noticia que tuvo de la presencia de José fue un sobresalto rudo, psíquico, que la obligó a incorporarse en el lecho de un repentino brinco. ¡*Él* estaba allí! ¡La evidencia se adueñó al instante de su razón!

-José... -silabeó, tratando de horadar la oscuridad en que el aposento se hallaba sumido-. José...

Susurraba el nombre tímidamente, como quien bisbisea una oración férvida. Temía, y deseaba a un tiempo, haberse equivocado. De su imaginación había huido la idea de que Barry actuaría contra el visitante de modo imprevisto.

Entonces, al parpadear el helifoco neónico, vio a José a medio metro de ella. Instintivamente, se cubrió con el embozo hasta la barbilla.

-Le pido humildes disculpas por turbar su descanso -dijo la voz gruesa y convincente-. Tal vez debí aguardar hasta mañana, señorita Tardow. Pero el tiempo apremia y cada segundo es valiosísimo. Ya sé que el profesor Mitchell no ha creído en mi existencia.

-¿Lo sabe?

-Sí -aceptó escuetamente.

-¿Ve? No sirvo como intermediaria...

-Probaremos otra vez. La última. Mis instrucciones son concretas y, puesto que falla la colaboración, ello me obligará a usar de medidas drásticas. No -su acento reveló tristeza-. No deseo apelar a esos medios. Creí que serían más comprensivos y secundarían mi petición de buen grado. ¿Por qué no advierten el desesperante peligro? ¡Debían aceptar mis advertencias como un aviso de amigo cordial!

-Será inútil, José.

-Espero que no. La máquina continúa anulada por las ondas *kaw*. No actuará. Pero ello no es solución, señorita Tardow. Mi vida se agota en su planeta, ya que las condiciones químicas, físicas y astronómicas son altamente perjudiciales para mi sistema fisiológico. La acción bacteriostática de su atmósfera va consumiéndome progresivamente. En fin; no voy a entrar en detalles... ¡he de terminar la labor en breve plazo!

-Le entiendo.

-Gracias. Usted es distinta a ellos. Se hace cargo de las cosas... Yo no puedo mostrarme prolongadamente en estado mutativo. Es, aplicado a los terrícolas, como ingerir veneno en grandes dosis. Me suicidaría. Pero ya que ellos dudan... les ofreceré una buena demostración. Algo que evidenciará mi poder. En la astronave traigo instrumentos notabilísimos. Dígales que mañana, toda la energía de su planeta será anulada durante quince minutos. ¿Creerán entonces en mi existencia?

-¡José!

-No se alarme.

-¿Cómo no voy a alarmarme? -se condolió Vera-. ¡Dejar a la Tierra sin energía! ¿Lo ha pensado bien? Medios de transporte, intervenciones delicadísimas en los hospitales, fuerza motriz...

-Lo he pensado. -Una sonrisa dulce curvó sus labios-. No habrá que lamentar desgracias. Confíe en mí. Quince minutos no es un plazo fatal... Mañana, a las doce horas terrestres, cesará toda actividad. Su mundo quedará silencioso y atónito... El mediodía es un momento de gran actividad, ¿no? A las doce y quince, recobrarán la plenitud de su vigor. Espero, con verdadera ansia, que después de la paralización llegue a la razón de todos la evidencia de que no pertenezco al mundo de los sueños ni de los espíritus. ¡No continúen con el *arma suprema*! Éste es mi último aviso.

-Pero...

-Vendré a recoger la respuesta por la tarde. A las seis... Usted será portadora de la noticia. Confío en una resolución afirmativa. Desarmarán la máquina pieza por pieza, destruyéndolas por separado. Así no hay peligro de explosión. Quemarán los planos. Se olvidarán, para siempre, del invento del profesor Loak. ¡Ésas son mis órdenes! Aprecie que no vengo a robarles la máquina, ni la deseo para mí. ¿Qué haría yo con ella? ¡Tenemos millones en nuestro mundo, aún más perfectas, y todas encerradas en lugar seguro! Para que no dañen a nadie. Cuando ustedes desmonten el impulsor, la amenaza horrísona habrá dejado de pesar sobre el espacio... y yo podré regresar en paz a mi mundo estelar.

Vera guardó silencio. ¡Un vértigo de pensamientos detonaba en su cabeza! Aquel ser extragaláctico hablaba de un modo sorprendente. Lograba convencerla. Apabullarla, lo mismo que si ejerciese inmenso superdominio sobre cada partícula de su persona. Pero... ¿y los demás?

¿Y el resto de la Humanidad? ¿Cómo hacerles ver la necesidad de que el *arma suprema* jamás fuese terminada? ¿Qué clase de furia loca acometería a los miembros del Alto Mando Unificado?

-Lo que usted pide es un imposible -susurró.

-No admitiré negativas... ni más demoras, señorita. Les he avisado. Les he dado ocasión para pensar. Por si la paralización del impulsor no bastara para decidirles, ahora haré que cese la energía total del globo terráqueo. ¿Qué otra solución me quedaría... sino la expedita? En el breve plazo que estoy a su lado, me he encariñado con su forma de ser. Ya les califiqué: Niños curiosos y traviesos. Eso es lo que son. ¿Quién es tan bárbaro que goza causando daño a unos niños? Me repugna lastimarlos. Le doy mi palabra de honor... Mas no me queda tiempo. Está agonizando el período de inmunización. Si retrasase la acción, moriría inútilmente y, conmigo, una porción de los mundos que pueblan diez mil galaxias próximas. No -hubo férrea determinación en la negativa-. Mañana, a las seis de la tarde, salga a la playa. Debe esperarme junto al remanso de las dunas. ¿Acudirá?

-Pues... Sí, acudiré.

-Supe hacer mi elección. Gracias, señorita Tardow. Recuerde que su respuesta puede salvar a la Tierra.

-¿Dónde se oculta usted, José?

-En el mar. Dentro de él. No me encontrarían por mucho que buscasen.

-Oiga, yo...

-Dígalo. ¿Teme por mí?

-Conozco a los hombres. Mejor que usted, se lo aseguro. No sé cómo explicarlo... pero no acierto a sospechar que trate de perjudicarnos. Le veo noble y desinteresado, José... Bien; lo que intento decir es que quizá el profesor Mitchell o cualquiera de los otros...

-Se refiere al señor Lipton, el asesor militar. Un hombre muy irascible, lo sé. No tema. Usted acuda a las dunas y... y yo haré el resto. Nadie podrá impedir que nos reunamos *en sitio seguro*.

-¿Debo ir, aunque la respuesta sea negativa?

-Cuando conozcan los resultados del cese total de energía, espero que...

¡ZUMP! La puerta de la habitación se abrió con violencia en tan preciso instante y Barry Town, como un bólido humano... ¡se precipitó en su interior!

Echaba chispas por los ojos y mantenía los puños duramente cerrados. ¡Causaba horror verle tan decidido y magnífico!

Al descubrir a José, sin encomendarse a Dios ni al diablo, tomó impulso y se dispuso a saltar sobre él lo mismo que una fiera carnicera. ¡Lo arrollaría en dos segundos! Y después... ¡hablaría cara a cara con todos!

-¡Barry! -gritó la joven, abriendo desmesuradamente los preciosos ojos.

-No lo intente -aconsejó José. Pero el audaz ingeniero ya había tomado empuje flexionando las musculosas piernas... ¡y volaba hacia él como una tromba! ¡Nada evitaría el encontronazo!

Acaso, presintiendo que algo inesperado iba a suceder, Vera chilló con todas sus fuerzas, empavorecida. En el aire, describiendo una curva parábola que le llevaría encima del intruso, ocurrió la extraordinaria detención. José, sin retroceder un paso, no hizo otra cosa que levantar vertiginosamente el brazo derecho y apuntar a la bala orgánica con el índice rígido y largo. ¡El índice!

Algo parecido a una descarga eléctrica, un relámpago sinuoso y lumínico... ¡brotó del dedo! Olor a azufre. Un chasquido. ¡Los cabellos se le

erizaron a Vera por la rapidez cegadora de la actuación!

Barry Town, envuelto en un haz verdoso, se retorció en lo alto, contorsionó el cuerpo inverosímilmente... ¡y fue repelido a varios metros de distancia! El trallazo eléctrico lo había rechazado brutalmente.

-¡Lo ha electrocutado! -gimió la mujer saltando del lecho-. ¡Asesino!

-¡No! -dijo José-. Permanecerá anonadado... Y usted... ¡No olvide la cita de mañana!

-¡Barry! ¡Barry, querido!

Sin dejar de llamarlo por su nombre, semejante a una salvaje leona a quien acabasen de arrebatar su cachorro, la joven se arrodilló junto al desmadejado Town, abrazándole impulsivamente. Sus labios abrasantes de amor, quizá anhelosos de comunicar vida al inanimado cuerpo, besaron con avidez el rostro lívido, crispado en una mueca de dolor y sorpresa.

-Barry... ¡Contesta, por Dios! ¡Habla, vida mía!

En aquel estado de enloquecedor frenesí, sin que el hombre hubiese recuperado todavía el sentido, la halló Tomás Kerr, el primero en acudir atraído por el escándalo, cuyo rostro frío de continuo se veía ahora visiblemente alterado.

Tras él, atropellándose, comparecieron Mendoza, Lipton y el doctor Claim. El profesor Mitchell llegó en último lugar, justo para escuchar la transfigurada voz de Vera repitiendo:

-¡Allí! ¡Les juro que estaba en aquel lado del cuarto! Disparó una carga eléctrica contra Barry... ¡que brotó de su propia mano!

Fue inútil que buscaran. José se había esfumado sin dejar rastro.

De su presencia sólo quedaba un hombre aturdido, que empezaba a dar ligeras señales de conciencia, y las advertencias que hiciera a Vera para ser transmitidas a los demás. Todo ello no contribuyó más que a incrementar las muchas inquietudes que ya sentían.

CAPÍTULO VI
LOS TERRÍCOLAS ATACAN

Se acabaron las dudas. Los chanceos. Y las discusiones. Al fin, sabían la verdad.

Porque un hombre no puede sufrir una tremenda sacudida eléctrica, y presentar síntomas inequívocos, sólo por ilusionismo, pesadilla o quimera. Vera Tardow no era una histérica dominada por los nervios. Además, también Barry corroboró su afirmación y juró haber visto con todo detalle al incalificable José. A la fuerza, tuvieron que aceptar la existencia del extraterreno visitante y prestar oídos a sus avisos.

-Ahora sabemos a qué atenernos -dijo el profesor Mitchell-. ¡Es sencillamente asombroso! Más fantástico que las elucubraciones mentales de un demente. Ha llegado a la Tierra traspasando todas las pantallas protectoras, burlando controles siderales y descubriendo la base archisecreta apenas conocida por un centenar de hombres en el mundo.

-No malgastemos los minutos dedicando bobalicona admiración a los hechos consumados -terció Chass Lipton, consultando su reloj-. Son las diez de la mañana. Según su ultimátum, nos quedan dos horas hasta el cese de energía mundial. Oigamos a Kerr. ¿Cuál es la solución que usted nos ofrecía, Tomás?

-Seguir la farsa hasta las seis de la tarde. He redactado un informe escrito en el que detallo mi idea... y espero que el profesor Mitchell lo apruebe, permitiendo que corra de mano en mano para que todos queden enterados. De las palabras de Vera Tardow, he deducido que ese espécimen, o lo que sea, dispone de medios perceptivos capaces de descubrir nuestros movimientos. Por lo menos, una gran parte de ellos. Si explicase con palabras lo que me propongo, conocería el plan y obraría en consecuencia. Así, por escrito, vedamos la única oportunidad que posee de anticiparse a la acción. Puedo adelantarles, sin embargo, que baso el referido plan en la afirmación de nuestros queridos compañeros, la señorita Tardow y el señor Town, dada su persistencia en insistir sobre el hecho de que la descarga eléctrica brotó de su dedo. Un ser dotado de electricidad propia es más vulnerable que lo que parece a simple vista. Y deduzco... que todos ustedes me entienden con facilidad. ¿Qué responden?

La respuesta fue, naturalmente, afirmativa. Le entendían a la

perfección. ¡Pobre José! Aunque, desde luego, para llevar a efecto el rotundo ardid de Kerr precisaban de la ayuda total por parte de Vera, única persona con la que se dignaba establecer contacto.

Ni una sola vez pasó por sus cerebros la idea de aceptar pasivamente la tajante orden de José respecto al *arma suprema*. Destruir las piezas, los planos costosísimos, olvidar lo que ya, por derecho histórico, sería siempre inolvidable tras dos siglos de lucha científica... ¡Qué locura! ¡Aquel ser no conocía a la fuerte e inteligente raza humana!

Bien que les hiciese una nueva demostración y paralizase la energía del planeta durante quince minutos. De la eficacia de las ondas *kaw* estaban archiconvencidos. Pero referente a las intenciones protectoras hacia el Universo... ¡No eran bebés para tragarse tales embustes! No. Decididamente, no podían creer en sus palabras de ningún modo y, más que altruistas, las consideraban falaces y encaminadas a lograr la usurpación del invento al menor descuido. ¡Pero no habría descuido!

El propósito de Tomás Kerr, excelente físico y electrónico, fue aceptado por unanimidad. Junto con Mendoza, Lipton y el propio Mitchell, se pusieron enseguida manos a la obra.

Debían aprovechar las dos horas que restaban hasta mediodía y terminar el minúsculo artefacto capaz de disparar cargas eléctricas, de modo que estuviese listo antes de las seis de la tarde. Entretanto, a Barry le cupo en suerte la misión de convencer a Vera.

-Nos haces una falta terrible, cariño -recordó él-. Sin ti, nuestro contraataque no servirá de nada. ¡Y nadie impone condiciones a los terrícolas sin cobrarnos duramente la osadía!

-Es éste un dilema inmenso, Barry.

-¿Por qué?

-Ya me comprendes. José... ¡no quiere causarnos daño! ¡Si tú le escuchases cuando habla! Es un bendito, Barry. ¿Cómo voy a prestarme a una jugarreta semejante? Abusar de su candor y aprovechar la confianza que me otorga para...

-Un bendito, ¿eh? ¡Estuve a dos micropulgadas de ser electrocutado! Aún me duelen todos los huesos del cuerpo.

-Dijo que la descarga te anonadaría. Eso fue lo que sucedió. De haber sido una criatura perversa...

-¿Estás de su parte?

-¡Oh, Barry! No digas eso. Sabes bien la angustia que sufrí al verte derribado en el suelo. Pero la verdad... ¡temo jugar con la electricidad a tensiones tan altas! ¡Podríamos matarlo!

-Quizá no. Él, en cambio, es seguro que pretende dejar a la Tierra indefensa. ¡Sin el *arma suprema*! ¿Imaginas una invasión a cargo de estos tipos? ¿Con qué nos defenderíamos? ¡La energía anulada! ¡El mundo inerme en sus manos...!

-Eso es lo que no ceso de repetirme. Si pretendieran invadirnos... ¿no hace siglos que podrían haberlo intentado con toda impunidad? No, Barry. Nos equivocamos respecto a él. Es bueno. ¡Sólo desea nuestra salvación!

El rostro del hombre se endureció.

-Conforme. No discutamos más. Me hastía la forma imbécil con que ese extranjero se ha interpuesto entre nosotros. Iré a comunicar al profesor Mitchell que te niegas a...

-Barry.

Ella detuvo el movimiento del ingeniero, dispuesto a dar media vuelta. Se miraron a los ojos, en silencio. Pese a la rebeldía que reflejaba el rostro de Vera, dos lágrimas brillaron en sus ojos y resbalaron dulcemente por las mejillas de seda.

-Te quiero -murmuró.

-Ya me doy cuenta. Gran amor el tuyo.

-¡No seas injusto! Ese tono sarcástico me lastima. Haría por ti lo que me pidieras...

-Excepto atacar a tu angelical José...

-¡Barry!

-¿No es cierto acaso?

-Barry... -repitió en un suspiro-. No contribuyas a que cometa un asesinato.

-No contribuiré. Dejemos el tema. De la forma que tú lo enfocas, los soldados que luchan por su mundo no son patriotas, sino criminales. Tú ganas, Vera. Pero ya encontraremos el medio de deshacernos de él.

-No, no... -Vera inclinó la cabeza, abatida-. Haré lo que tú quieres. Si es preciso, mataré a José.

Su resistencia, todas las oposiciones dictadas por los escrúpulos de

conciencia, se desmoronaron y, de repente, se arrojó en brazos del hombre amado. Juntos, estrechamente fundidos, Barry la besó en la frente.

-No te arrepentirás -prometió.

-Dios lo permita -deseó ella-. Jamás me perdonaría el ser una asesina...

Los científicos de la isla sin nombre aguardaban con ansiedad el mediodía. No abrigaban vacilaciones sobre la inconmensurable potencia de las ondas *kaw* porque lo ocurrido con el impulsor -la máquina más capaz del Cosmos- avalaba con creces su efectividad abrumadora. Sin embargo, en lo más oculto de su pecho, conservaban todavía la esperanza de que la prometida paralización obedeciese a una formidable jactancia del extraterreno. Algo así como una baladronada propia de fanfarrón.

A las doce en punto, uniéndose las manecillas con la saeta minutero del gran reloj, la iluminación general de la fortaleza cesó en velocísimo corte. La oscuridad del subdespacho de Mitchell, donde se hallaban reunidos, impidió percibir hasta el brillo emotivo de los ojos.

-Enciendan las electropilas -ordenó el profesor.

Billy Mendoza, manipulando en las densas tinieblas, accionó la linterna de carga condensada que trajeron para utilizarla en tales momentos. Hubo un destello, un parpadeo luminoso, y después... ¡se apagó totalmente!

-¡Hasta las cargas eléctricas! -exclamó Kerr.

-José dijo que anularía *toda* la energía de la Tierra -bisbiseó, tímida, Vera Tardow.

-¡Cállese! -gruñó Chass Lipton-. ¡No es posible que ocurra una cosa así! Probaré a llamar por el *intercom*.

A tientas, jurando entre dientes, el asesor militar anduvo hasta la mesa del despacho. Bajó la palanca del cuadro -también apagado- del telecomunicador interior. Funcionaría. Seguro. Era de línea independiente con la del fluido general. La pantalla, empero, siguió mate. No se produjo zumbido. ¡Nada!

-Estamos aislados -reconoció-. Y como nosotros... ¡el resto del mundo! Es superior a mi entendimiento.

-¿Comprenden el alcance de esta demostración? -preguntó Barry, dirigiéndose a las invisibles sombras que le rodeaban.

-Sí -contestó Mitchell trabajosamente-. Aterrador, caballeros. La

Tierra es ahora casi un cuerpo sin vida. Desde que se agotaron los combustibles en sus entrañas, la electrónica es nuestro mejor aliado en todos los órdenes. Locomoción, transportes, servicios, medios industriales, fuentes de riqueza... ¡Inmovilizados!

-El Gobierno debe conocer enseguida la verdad.

-¿Y cómo se la hará usted saber, Lipton? -se burló Barry-. ¿Empleando palomas mensajeras?

-Después de todo... no son más que quince minutos. Resignémonos -rogó Mitchell, conciliador-. Cuando haya acabado el plazo, comunicaremos al Alto Mando Unificado lo sucedido. ¡Dios santo, qué catástrofe! Nuestra omnímoda *arma suprema* es un inocente juguete bajo la influencia de las colosales ondas *kaw*. Han dejado a la Tierra tan inútil como un inválido privado de sus elementos ortopédicos. Las naves siderales eliminadas, las barreras de rayos protectores de nuestra atmósfera ineficaces, el ejército sin medios de traslación... Les juro, amigos, que sudo de pura angustia. ¿Cuál será el mundo ignoto de José? ¿De dónde ha venido? ¿Por qué nos humilla de este modo?

-Acaso, profesor Mitchell, porque merecemos la humillación -dijo Vera con voz velada-. Necesitábamos una lección que rebajase nuestra vanidad ensoberbecida. Hemos ido demasiado lejos. Creo que, en nuestro afán de dominio y poder, llegamos a olvidarnos del Sumo Hacedor. Las ondas *kaw* podrían ser su Diluvio de la Era Galáctica...

-¡No diga sacrilegios! -barbotó Lipton-. ¡Nuestra raza es la más perfecta del Cosmos! Todos nos veneran. Colonizamos nuevos mundos espaciales...

-Para esclavizarlos y exprimirlos, señor Lipton -atajó Vera resueltamente-. ¡No nos engañemos! Hábleles usted de veneración a los humanoides de Ceres, de Pallas y Juno[1]. A los pobladores de Japetus, Rhea, Titán y Dione, condenados a trabajar hasta la muerte en las minas uránicas del gran planeta Saturno. Trate de convencer a los neptunianos. A los plutonenses reducidos a la miseria. A los propios marcianos, muchos de los cuales sufren penas de reclusión a perpetuidad en los campos malsanos de Phobos por el justo delito de rebelarse contra la inicua dictadura del opresor terrícola... ¡Hábleles a ellos de veneración, señor Lipton! Yo creo que José...

-Vera -interrumpió Barry sin aspereza.

-¿He dicho algo que no sea cierto?

-Por favor -agregó-. Basta. En todos los regímenes hay errores de aplicación. Defectos. Malentendidos. Descontentos. Pero es innegable que nuestro linaje específico supera en mucho a cuantos otros se conocen en el espacio. ¿Viviríamos mejor, pongo por caso, gobernados por los mercurianos o los venusinos? ¿Habría más justicia en el Cosmos? Apuesto mi existencia a que no. La Tierra, con todos su errores, es el planeta ideal para regir los destinos siderales.

-Gracias, ingeniero Town -rió Lipton-. Una buena réplica defensiva.

-No le he defendido a usted, Lipton. Ya sabe que le desprecio... igual que a los ratones malignos. Lo único que he pretendido ha sido apaciguar a Vera.

Se produjeron risitas cortas, irónicas. La oscuridad impidió advertir la encendida rojez que coloreaba el rostro del asesor militar. Aunque el impedimento no duró demasiado tiempo. Habían finalizado los quince minutos.

De golpe, vivísima, volvió la luz al despacho, a la electropila y al *intercom*, que zumbó enseguida, señalando conexión.

-Al habla -dijo Mitchell, bajando la palanca control.

En la pantalla apareció la cara rubicunda del capataz jefe Trapper, máxima autoridad en el taller subterráneo de la base. Hablaba excitadamente, casi atropellándose.

-¡Hemos sufrido un cese de energía incomprensible, profesor! Algo inaudito. Las máquinas paradas, a oscuras... ¡sin que trabajasen los motores auxiliares, ni los servomecanismos controlados! No me tache de alarmista, pero creo que alguien nos ha estado saboteando en silencio y ahora trata de...

-Tranquilícese -gruñó Mitchell-. No ocurre nada raro. El cese ha sido motivado por un experimento... sin antecedentes conocidos. Continúen la labor, Trapper. Pasaré a verle esta noche. Me interesa mucho que el segundo proyectil quede terminado lo antes posible.

-P... pero...

-Corto.

Y Mitchell cortó. Luego, encarándose a todos abiertamente, dijo:

-José nos ha obsequiado con su demostración. Ahora, caballeros... ¡llegó el momento del contraataque terrícola! Veremos quién vence a quién.

Muy seguro parecía de su victoria. Como señaló Vera Tardow, la vanidad ensoberbecida de los humanos necesitaba una ruidosa lección.

CAPÍTULO VII
LA CITA

Las noticias atesoradas a partir de la reanudación energética resultaron espeluznantes por su perforante rotundidad. Las ondas *kaw* eran un éxito apoteósico. Mitchell, deseoso de comprobar resultados, se puso en contacto con el exterior de la isla. Ello le convenció una vez más de que José no amenazaba en vano.

Las aerovías intercontinentales, surcadas constantemente por millones de vehículos destinados al pasaje regular, dejaron de funcionar a las doce en punto. No hubo forma humana de subsanar la interrupción. Otro tanto podía decirse de los espaciotransportes. Las astronaves, detenidas en su camino, permanecieron *varadas*, lo mismo que sujetas por fenomenales fuerzas de atracción. Nadie se explicaba lo ocurrido y el profesor cuidó especialmente de no divulgar el origen de la fabulosa detención en masa.

Servicios públicos, privados, líneas estatales, telecomunicaciones de preferencia, manifestaciones, en suma, de todo género... ¡se paralizaron en la Tierra durante los decisivos quince minutos! Emisiones, órdenes, comunicados urgentes, maniobras militares, operaciones clínicas, accidentes... Todo cesó. Todo quedó interrumpido. Petrificado.

Los prohombres de la capital terráquea del Alto Mando Unificado iniciaron rápidas pesquisas para averiguar la causa inexplicable que produjo semejante acontecimiento. En cuestión de pocos minutos, ganados por desorientado estupor, se fueron conociendo detalles del suceso.

No ocurrió sólo en una ciudad, en una comarca o en un estado. No se trataba de una afección parcial, circunscrita a vastas áreas superficiales. Nada de eso. La anulación energética fue absoluta. Ocupó la totalidad del globo, desde el ecuador a los polos, y en todos y cada uno de sus meridianos. Ni siquiera aldeas perdidas o bases militares remotas se salvaron de padecer los efectos. Sin cesar llegaban noticias a los centros gubernamentales del mundo. Se preguntaba con ansiedad, vorazmente. El complicado sistema nervioso del planeta había sufrido un formidable colapso cuya duración exacta abarcó un cuarto de hora.

Los hechos curiosos y los casos más disparatados corrían de boca en boca. Un agente policial, que perseguía a un delincuente por el submetro de una estación urbana, trató en vano de dispararle con su pistola electrotóxica.

Sin embargo, en el momento más inesperado... ¡el arma se disparó sola! ¡El mundo vivía con un retraso de novecientos segundos!

Lo incomprensible, y realmente jocundo de la situación, era que no se denunciaba ni una sola víctima. Hasta las más delicadas situaciones, aquéllas en que la vida humana dependía del concurso energético, se resolvieron milagrosamente. ¡Increíble por todos y para todos!

Cuando el profesor Mitchell, renunciando al fin a seguir las comprobaciones, logró establecer teleconexión urgente con su jefe inmediato en el palacio del Uniman (Alto Mando Unificado), hizo una breve exposición de todo lo que sabía. Pese a su reputación, ascendiente y limpio historial técnico, no fue creído de buenas a primeras.

Mitchell porfió. La teleconferencia de larga distancia duró cerca de dos horas. Al fin, todavía resistiéndose a concederle la razón, su jefe inmediato prometió:

-Informaré al Unipres supremo. Abrigo mis dudas respecto a su extraordinaria historia, Mitchell. Espero que el Consejo Central sea convocado a reunión de emergencia y el Unipres firme la orden pertinente. Entretanto, me ocuparé de enviarles protección militar desde alguna base cercana. Ejército de Tierra, un buen contingente naval y varias flotillas de naves de combate.

-Gracias, señor. Entraba en mi ánimo formularle la petición. No ignora que *Pacific 608* se encuentra desprotegida.

-Una medida necesaria para conservar el anónimo de la isla. Si hubiésemos destacado en ultramar una poderosa concentración militar, aparte de que la detección sería cosa segura, todos habrían supuesto enseguida que *Pacific 608* encerraba algún secreto. De todas formas, después de cuanto acaba de decirme, considero obligada la medida. Ustedes continúen adelante con ese plan de que me habló confusamente. No lo conozco en sus partes esenciales, pero si procede de Kerr y cuenta con su aprobación, no hay motivos para desdeñarlo. En cierto modo, nos interesa capturar a ese José vivo. Sólo en el último extremo conviene darle batalla y destrozar su astronave sumergible.

Mitchell no pudo evitar una sonrisa, vista la facilidad con que su jefe parecía dar por resuelta la situación. El contingente armado aeronaval apenas serviría de nada si José ponía en acción las fatídicas ondas *kaw*. El

representante del Uniman no parecía querer darse cuenta de la importancia de aquellas ondas. No obstante, mejor sería para la isla contar con guarnición de defensa que hallarse virtualmente a merced de un ataque imprevisto.

Algo más tarde, comunicó las novedades a sus camaradas.

Lipton se mostró instantáneamente eufórico, porque su confianza en el ejército -al que pertenecía- era ilimitada. Mendoza, Kerr y el doctor Claim también se pronunciaron acordes con la idea. Vera y Barry, entristecidos por el complejo moral que los aquejaba, no ocultaron su escepticismo. ¿Para qué necesitaban al ejército? Si el ardid de Kerr fallaba y José optaba por adueñarse del *arma suprema* a todo trance, cuando llegase la protección sería demasiado tarde.

Hasta las cinco y media -hora designada para ponerse en camino- el paso del tiempo fue un verdadero suplicio para todos. En especial, Vera Tardow se hallaba tan nerviosa que el doctor Claim se vio precisado a inyectarle un calmante activo.

El artefacto disparador de rayos eléctricos, llamado *kerrtola* en honor a su inteligente inventor, venía a ser de un tamaño no mayor que la uña del dedo meñique. Pese a ello, la terrorífica potencia de sus descargas habría bastado para carbonizar a un ser humano normal instantáneamente.

Según los estudios matemáticos de Billy y los electrónicos de Kerr, tal posibilidad de muerte quedaba desterrada al tratarse de un ser de propia generación eléctrica. El resultado del choque de estas dos fuerzas produciría un cortocircuito. José, conmocionado salvajemente, perdería el sentido y sufriría una parálisis total factible, no obstante, de descongestión mediante el ulterior empleo de bombardeos electroshock que administraría el doctor Claim. El plan, en esencia, no tenía fallos. Se apoderarían del estelar y le obligarían a revelar cuanto concernía a su astro galáctico. Contaban para ello con drogas eficacísimas. Después, el Uniman quedaría en disposición de pronunciar la última palabra sobre su destino.

A la hora fijada, una intranquila comitiva abandonó silenciosamente la fortaleza.

Soplaba un vientecillo agradable, una típica brisa marina procedente del océano, que mecía las esbeltas palmeras y refrescaba los enfebrecidos rostros.

Barry y Lipton iban armados con protofusiles de actilenio radioactivo.

Llegado el caso, no tirarían a matar, sino a destrozar un miembro vital. Pero ello sólo ocurriría si la *kerrtola* era indebidamente utilizada por Vera.

La joven fue instruida por el paciente inventor. Ocultaba la electroarma en el broche de diamantes que cerraba el cuello de su ceñido vestido. Una leve presión bastaría para hacerla funcionar. Si adoptaba la precaución de enfrentarse a José en tal momento, éste recibiría la descarga en el pecho... ¡y se derrumbaría como fulminado!

En el reloj de Barry eran las seis menos nueve minutos cuando llegaron al remanso de las dunas.

Se trataba de una cala, una ensenada pequeña de la playa, rodeada de montículos arenosos. El sol vespertino reverberaba cegadoramente en las aguas cristalinas del océano.

Los hombres adoptaron posiciones, afanándose en pasar lo más desapercibidos posible. Antes de que Vera se encaminase a la orilla, Barry le oprimió las manos amorosamente.

-Ten valor... y conserva la serenidad -recomendó-. Es facilísimo, cariño. José no se dará cuenta de nada. ¡Y nosotros estaremos aquí para ayudarte en lo que necesites!

-No... no sé si lograré dominarme. ¡Se me notará!

-El doctor Claim ha calmado tus nervios...

-No se trata sólo de los nervios. ¡Flota algo siniestro en torno a nosotros, Barry! Un hálito burlón. Temo que vamos a fracasar. Siento como si José me taladrara hasta el fondo del alma y se compadeciera del ridículo espantoso que vamos a correr.

-Imaginaciones... Él no sabe nada. Piensa en lo que todos esperamos de ti. Es la Tierra. Tú eres la representación viva de una raza privilegiada. ¿Lo harás?

Vera asintió.

-Suerte -deseó Barry, besando su mejilla-. Faltan dos minutos para las seis.

-Adiós.

Aquella palabra sonaba de un modo trágico. ¡Adiós! Parecía, efectivamente, una despedida eterna.

Vera anduvo despacio, notando la blanda y fina arena bajo sus pies. No sentía odio hacia José. Ninguno. Ni animosidad. Se daba cuenta de que

creía en todas y cada una de sus palabras. De que él no fue enviado a la Tierra para causar daño, sino beneficio.

Los terrícolas, en cambio, apelaban a la traición para aniquilarle. Se negaban a comprender el mensaje de paz llegado desde el espacio. ¡El *arma suprema*! ¿Por qué la ideó el profesor Loak? ¿No habían sufrido bastante desolación con las experiencias bélicas anteriores? ¡José pretendía evitar matanzas y destrucciones!

Se encontró junto a la orilla del mar. Las olas avanzaban y retrocedían, ofreciéndole el encaje líquido de la espuma. El fragor del océano resonaba grandioso en sus oídos, estallando con la magnificencia de las cosas naturales en el silencio imponderable de la isla.

Miró a lo lejos, al horizonte.

Esperaba ver brillar el objeto fantástico, la nave extragaláctica emergiendo del seno del mar. José descendería de ella, pausado. Atravesaría la playa. Se reunirían. Habría una sonrisa confiada brillando en su boca de labios demasiado perfectos. Hablarían. ¡Y ella debía dispararle la *kerrtola* sin piedad!

Barry Town, tras la giba de una duna, echó una ojeada al reloj. ¡Las seis en punto! José, reconocida su escrupulosa puntualidad, comparecería en tal momento. ¡Seguro! Echó atrás el cerrojo del protofusil.

Subrepticiamente, asomando apenas los ojos para evitar ser descubierto, atisbó por entre el desigual borde de arena. Al mirar a la cala, boquiabierto, una exclamación incontenible brotó de sus labios:

-¡Dios bendito!

Igual les estaba ocurriendo a los demás. Aturdidos, estupefactos y como ebrios, abandonaron los escondrijos y corrieron hacia la playa. Barry no se movió. ¿Para qué afanarse?

Todo era ya inútil. Porque Vera... ¡había desaparecido sin dejar rastro!

La playa, solitaria, se extendía hasta los confines del isleño litoral. ¡Desaparecida! ¡Tragada o esfumada! Bastante tiempo después, el significado de las aterradoras palabras halló eco mental en su desquiciado cerebro. ¡Acaso nunca volviese a verla con vida!

No estaba muerta. También a Vera le pareció que había dejado de existir. Se sintió arrancada, absorbida en un vacío infinito... ¡igual que si su alma escapase del cuerpo merced a una superaspiración inenarrable! Pero no

estaba muerta.

Vivía. Respiraba con jadeos. Sentía el latido de la sangre en los pulsos. La fatiga de los músculos todavía tensos.

Vio una cámara espaciosa, de luz tenue y rosada. Luz que no dañaba a los ojos, que parecía acariciar. Paredes ovaliformes, lisas y vítreas. Un techo estriado, parodiando algo así como anárquicos segmentos radiales que no se molestasen en converger en un epicentro geométrico. Percibió un aroma dulzón, afrodisíaco. Y también vio algo más.

José, con una profunda inclinación de cabeza, saludaba su regreso a la conciencia. ¡Lo tenía ante ella!

-¿He... he sufrido un desvanecimiento? -preguntó.

-No, señorita Tardow. Ha sufrido usted una teleportación dinamovóltica. Algo vulgar en mi mundo; pero, supongo, extraordinario en el suyo. Una máquina *la trajo* hasta mi nave[2].

-Teleportación... -repitió Vera admirada- ¡Sin que lo desease mi pensamiento!

-Ahí radica el insuperable valor de la máquina. ¿Se encuentra bien?

-Mejor... Aún me baila la cabeza. ¿Y esto? ¿Es el subingenio?

-Nosotros lo llamamos *tridomecosmo*. Con él surcamos el espacio a una velocidad nunca soñada por los terrícolas. No pretendo menospreciar sus adelantos. Pero es que nuestra configuración orgánica resiste cualquier clase de aceleración sostenida que para ustedes resultaría mortal. Nos sirve para todo. Crea gravedades, desvía órbitas, autogobierna astros. Un gran invento el *tridomecosmo*... que en manos terrestres causaría incontables desdichas. No le sepa mal mi opinión. Ustedes todavía están en edad de aprender y ser conducidos de la mano. Sus instintos carecen de pureza. Fueron creados por Dios y adornados con grandes cualidades. Pero las propias pasiones viciosas que adquieren en la época del desarrollo los convierten en seres peligrosos. Su mundo sería perfecto... si nunca pasasen de la etapa infantil. Pero con la adolescencia, ya empiezan a dejarse ganar por pasiones. Con la juventud, son incontrolables. Y en plena madurez, abominablemente egoístas, ambiciosos, insaciables... Perdone -sonrió con dulzura-. A ningún jorobado le gusta oír hablar de su defecto.

-¿Qué es aquello?

-El *kachte*. O techo. Las estrías son purificadores. Las paredes crean

temperatura planetoidal. Es decir; ambiente yuxtapuesto al astro que visitamos. La graduación antitérmica del exterior. Si estuviésemos en Marte, planeta tórrido, refrigerarían. Si fuese en Plutón, planeta gélido por excelencia, caldearían... No hablemos de esto. Usted ha venido para darme una respuesta.

-He sido traída -rectificó Vera-. ¿Por qué lo hizo?

-Por su propio bien... y el mío. En las dunas me esperaban sus amigos. Vi armas. No había en sus mentes intenciones de disparar... por el momento. Creí conveniente teleportarla a la astronave para soslayar las tentaciones y evitar el conflicto. Aquí estamos seguros.

-Si sabe todo eso... ¿necesita mi respuesta?

-Sí.

-Ya la sabe, José.

-No quiero privarles de la última oportunidad. Usted... todavía puede aprovecharla. Me sentiría inmensamente feliz.

-¿Cómo averigua lo que nosotros hacemos?

-Otra máquina. No se asombre. Las máquinas son el mejor auxiliar para el ser inteligente. Ustedes han aprendido, y aplicado, esta verdad desde hace siglos. Pero confunden las finalidades. Ahí está el error. Muchas de sus máquinas son verdaderamente nefastas. Como el *arma suprema*. O como otras... que ocultan cuidadosamente.

Vera se estremeció. ¡Lo sabía! Seguro que José conocía la existencia de la *kerrtola*. ¡Aquella criatura nunca podría ser engañada! El convencimiento casi la hizo desfallecer.

-¿Viaja usted solo en la nave? -preguntó para desviar la conversación y obtener tiempo a fin de serenarse.

-Sí.

-¿Completamente?

-Le doy mi palabra de honor.

-Entonces... ¿si le ocurriera un percance?

-No hay cuidado. La nave, con mis restos, volvería al punto de origen. Ha ocurrido antes.

-¿Cómo?

-Una máquina -en la respuesta de José vibró cierta ironía sutil-. Máquinas que piensan, que actúan, que aconsejan. Máquinas que superan al

ser fuera de toda medida racional. Y con una ventaja. Jamás les rinde la flaqueza o la debilidad en su cometido.

-Creo que ya nada puede sorprenderme estando a su lado.

-Ojalá. Significaría un gran bien para mí que usted lo conociese ya todo. Pero temo que el destino todavía le reserva una extraña experiencia.

Sus ojos intensos, magnéticos, apresaban a los de Vera. ¡Cómo brillaban en la cara moldeada perfectamente!

La joven, sobreponiéndose, luchó por no desviar la mirada. Debía seguir creyéndola un aliado. Un convencido en su doctrina pacifista. ¿Lo era?

Procuró hacer acopio de valor. Sus manos temblaban y el vaivén agitado del busto hacía cabrillear irisadamente el broche de diamantes.

-Dígalo de una vez -pidió él-. Deseo escucharlo.

-¿A qué se refiere?

-A la respuesta.

-Usted... ¡usted ya la sabe, José!

-No importa -murmuró con pena-. Creo que nunca debieron elegirme para esta misión. Yo soy... un sentimental. Nosotros no empleamos esta palabra: pero vale para el caso. Temo que su persona ha despertado en mí un sentimiento nuevo -calló, inclinó la cabeza y suspiró hondo-. Se burlaría de mí si le dijese... que la amo. Pero lo digo. Búrlese, señorita Tardow.

-¡José!

-Estúpido, ¿verdad? Lo peor es que se horrorizaría si me viese en estado natural. No soy óseo. Carezco de carne. Ni siquiera poseo voz. ¿Cómo le hablaría de amor?

Vera estaba turbada. Confundida. No esperaba aquella confesión rotunda, demoledora. Se revolvió en su asiento. Sus ojos expresivos y grandes, maravillosos, miraron al extraterreno con anhelo. El corazón le latía con ritmo creciente.

-Yo... yo amo a Barry Town.

-Lo sé. Y les deseo larga vida. La mayor felicidad. Tienen derecho a la dicha. Él es inteligente. He pensado que bien podría ser *mi instrumento*. Como le confesé... es condición indispensable que los propios terrícolas destruyan su arma. ¡Si usted acertara a convencerlo, señorita Tardow!

Vera se incorporó. Seguían mirándose fijamente. Era igual que una corriente de furia, enloquecedora. Pero no una furia malévola. Parecía

comunicarles intimidad.

-No aceptaría -siguió él, lento-. Ya lo intentó. Usted no quería causarme daño. Ninguno. Ha creído en mis razones. Barry Town sólo será *mi instrumento* obligatoriamente. Quizá yo haría lo mismo en su caso...

-¿Qué está diciendo? Me arden las sienes. ¡Y no comprendo nada!

-¿De qué ha servido la demostración? -José se alzó de hombros-. Anulé la energía del mundo que habitan. Esperaba convencerlos. No ha sido así. Muy al contrario, porque desperté sus instintos de lucha constante. ¡Ah, los niños traviesos! No es nada fácil gobernarlos. Se escabullen en la primera ocasión. Faltan a clase. Mienten. Cometen toda suerte de diabluras... ¿Por qué avisó el profesor Mitchell al Alto Mando? Error. Ahora vuelan hacia la isla escuadrillas de guerra... Las veo... También veo la armada y los transportes del ejército rebosando tropas... ¡Qué lástima! Inútil pretender inculcarles la idea de que la violencia no es nunca solución. Nadie en la Tierra hubiese sabido lo ocurrido. Nadie... De este otro modo... ¿podrán averiguar alguna vez la verdad? Los que se queden, nunca comprenderán nada.

Dejó de hablar. De nuevo su mirada adquirió matices subyugantes.

-¿Ha pensado, señorita Tardow, que en la otra curvatura del universo existe un planeta gemelo al terrestre?

-¡Oh!

-Idéntico en atmósfera, densidad, órbita. Hasta le caldea otro Sol, mellizo al que a ustedes alumbra.

-Yo... no...

-No, claro. ¿Cómo va a pensar una cosa semejante? Se llama Tyzo. Pobladores humanos, sanguíneos, pulmonares... Gentes como usted y como Barry Town. Gentes supersticiosas, activas, paradójicas. Con historia. Con guerras. Me veré obligado a llevarles... porque la isla... ha de desaparecer.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Vera. ¡Arrancarlos de su mundo! ¡Eliminar la base secreta! ¿Había perdido la razón? ¿Qué avernales revelaciones le anticipaba José?

-Deme la respuesta, señorita Tardow.

Avanzó un paso largo, aproximándose a ella. Frente a frente, los dos erguidos, Vera sintió el magnetismo envolvente de las pupilas.

-Démela.

Tenía que disparar la *kerrtola*. ¡Tenía que matarlo!

Le lastimaba hacerlo. Mas... ¡ya no quedaba otra solución! ¿Qué cosas tan absurdas había dicho? La amaba. ¡Un extraterrestre enamorado de ella! Barry Town sería su *instrumento*. ¡Existía otra Tierra lejos, muy lejos, en el espacio infinito!

-Lo siento, José -musitó.

Lo sentía. ¡Lo sentía de veras! Movió la mano derecha, llevándola al cuello ¡Cómo abrasaban los ojos de José! ¡Quizá hallaba deleite en leer sus propios pensamientos!

No entendía su actitud. ¿Por qué permanecía inmóvil? Se hubiese dicho que aguardaba. Que se ofrecía como víctima propiciatoria. Sin alarmas. Sin temores ni aspavientos. Pero él lo sabía. ¡Sabía la sentencia decretada por Mitchell y los demás! ¿Era lógico imaginarlo de otra forma?

-Su respuesta -insistió una voz grave que parecía llegar desde lo hondo del cerebro.

La máquina misteriosa le descubrió que Mitchell se puso en contacto con el Uniman. *Vio* -¡esto fue lo que dijo!- los contingentes de protección militar enviados a la isla. Conocía la encerrona de las dunas, donde Barry y Lipton se agazapaban con protofusiles de actilenio. Casi -o del todo- predecía el futuro. Pero...

¿Por qué ignoraba que ella escondía el artefacto eléctrico debajo del broche?

Las puntas de los dedos rozaron la joya diamantina. José sonreía. ¡Siguió sonriendo aún después de que brotara el grueso chispazo violáceo que estalló en su tórax atlético! Electricidad desatada. Una descarga equivalente a la del rayo. ¡Y la recibió inmutable!

Los chispazos, deshaciéndose en fuentes ensordecedoras junto al pecho de José, se desparramaban en todos sentidos. ¡Alumbraban tétricamente la cámara! Las paredes de vidrio los reproducían y multiplicaban. Chispas, trallazos locos, chasquidos insuperables. Una vandálica manifestación sonolumínica. Y José, de pie... ¡riendo siempre!

-Mi instrumento obedecerá cuando le mire a los ojos, señorita Tardow -decía la voz distante-. Siento que usted haya atentado contra mi vida. Pero, tiene derecho a conocerlo, nada puede ocurrirme en esta cámara. Me encuentro a salvo de cualquier clase de daño... Ahora le he traspasado parte de mi propio poder. Una máquina me ayuda. Quiero que cumpla bien las

instrucciones... Todas... Todas, señorita Tardow...

Un infierno eléctrico en derredor. Relámpagos desesperantes. Luz, Luz, LUZ... ¡Cegando y enloqueciendo! ¿Cortocircuito? ¿Amor? ¿Demencia? ¡Vera Tardow se desplomó desvanecida a los pies del ser bidimensional al que conocía por José! La Tierra, y el universo, se habían salvado.

Él, José, empezó a dejar de sentir el amor imposible. Desde su estrella, enérgicos, le estaban ordenando que desistiera. Aquella mujer tenía ya dueño. Alguien que mandaba en su corazón.

Por extraño que pareciese, un simple *instrumento* acababa de derrotar a su apoteósico amo y señor. Acaso porque en las lides sentimentales no hay espacios controlados. Ni dentro ni fuera de la Tierra. Así está escrito en el indestructible papel de los siglos.

CAPÍTULO VIII
INSTRUMENTO DE PAZ

Barry Town se negaba a admitir la insoportable realidad. Extraía fuentes de esperanza del caos morboso que emponzoñaba su mente. Negaba la evidencia.

Y por supuesto, se resistió a abandonar la caleta silente a pesar de que ya las sombras de la noche dejaban caer los velos impalpables de sus negruras.

Estrellas en el cielo. En aquel cielo grande y hermoso, infinito. Estrellas y mundos. Seres lejanos perdidos tras la barrera atmosférica que envolvía la Tierra. ¿Dónde se hallaba Vera? ¿Cuál era la estrella de su tumba? ¿Regresaría alguna vez de la exótica dimensión que la absorbiera vorazmente?

No lo sabía. Ignoraba todo.

Allí, sentado en la arena que iba enfriándose con la llegada del crepúsculo, esperaba el quimérico regreso. Porque algo, brotando de un lugar indefinible de su ser, le aseguraba que ella volvería. Que no estaba perdida para siempre, sino de un modo circunstancial, transitorio.

El protofusil de corto cañón descansaba junto a él. Devolvía en destellos la luz estelar procedente del espacio. Ninguno de sus camaradas resistió la abrumadora espera. Sin murmurar palabras, cumpliendo un mudo y tácito acuerdo, se fueron retirando de la playa y anduvieron, cabizbajos, hacia la fortaleza. Le dejaron solo. Absorto en su estupor y sus conjeturas.

Todos comprendían el golpe rudo encajado. La desgarrante fatalidad que aquejaba a Barry. Se retiraron en silencio. Y él permaneció al pie de las dunas, obstinado, convencido de que Vera Tardow se personaría con tanta rapidez como desapareció. Pero el decurso de las horas, cumpliéndose inexorable, iba matando hasta el último adarme de ilusión, como se mata una flor delicada y acaba por marchitarse en la tierra impía.

No volvía. Era ya de noche. Los ojos le escocían de tanto pretender horadar la oscuridad reinante. El rugido del mar llegaba hasta la playa, arrebujando la orilla con fugaces besos de agua y espuma.

Miró a su espalda. Luces veladas, borrosas, escapaban de la fortaleza. En el horizonte negro de cielo y plateado de océano, destacaban las cimbreantes cinturas de las palmeras. Luego, la implorante mirada se alzó hacia lo alto, hacia el firmamento tachonado por miríadas de puntos de luz,

suplicando un poco de piedad divina.

Fue entonces, como un suspirar más del viento, cuando captó el roce en la arena. Unos pies de leve pisar se deslizaban ingrávidamente. Y una voz, dulce, avisó:

-Aquí me tienes, Barry.

-¡Chiquilla! -exclamó él-. ¡Has venido!

Sí. Era Vera Tardow. ¡Hubiese reconocido su silueta entre millones! Se incorporó de un salto, vigoroso y ávido, corriendo a su encuentro.

Chocaron. Se estrecharon en un abrazo prieto, doloroso y hambriento. Los labios buscaron los labios y se produjo un beso loco, sin chasquido, que disipó todas las incertidumbres, las vaguedades y los equívocos. ¡Otra vez juntos! Juntos... ¡para siempre!

-¿Qué extraña experiencia has vivido, pequeña?

-José me atrajo hasta él. Ahora, acaba de teleportarme a la isla. He visto su astronave... He sentido su poder enloquecedor... ¡Oh, Barry! ¡Abrázame con todas tus fuerzas!

Lo hizo. Percibió la morbidez del cuerpo y la palpitación de la vida joven. Las preguntas bullían en la mente y se apelotonaban en sus labios. Quería saber. Lo necesitaba.

-¿Disparaste la *kerrtola*?

-Sí.

-¿Dónde está él? ¿Por qué no lo has traído? Dime, Vera. ¡Dime!

-No -la voz se quebró en un trémolo-. Todavía no puedo decirte nada. Antes... hay que terminar la misión.

Barry la apartó con suavidad. ¿Qué misión? ¡Incomprensible! ¡Cuán intensa la mirada, Señor! Parecía magnética. Posesiva. Penetrante como estiletes intangibles, pero sentidos. ¿A santo de qué se le ocurría emplear la palabra *magnetismo*?

Advirtió que algo vacilaba en su ánimo. Un influjo desesperante le galvanizó. Fue semejante a una sacudida psíquica. Un impresionante encontronazo de alma contra alma. Un impacto.

Le turbó. En su cerebro, restallando, una campana impuso silencio y borró las escabrosidades pensantes. Luego, se tranquilizó. Un bálsamo incognoscible acarició su piel y penetró hasta la sangre de sus arterias.

Pero ya no experimentaba curiosidad ni deseos. Los hechos ignorados

se convirtieron, de pronto, en perfectamente explicables. Lógicos. La idea de aquella misión -¡ya no incomprensible!- cobraba importancia. Cierto. Irrefutable. Debía realizarla cuanto antes. ¡Enseguida! ¡El plazo de vivencia para José expiraba en aquel mundo tóxico y denso!

-¿Me quieres? -musitó Vera.

-Más que nunca.

-Seremos felices, Barry. Él me lo dijo. Él lo sabe todo.

No fue necesario que explicase quién era *él*. Los dos le conocían de antiguo. Como de siempre.

-Tienes razón. Yo también lo sé. Algo me empuja hacia la fortaleza. ¡Algo irrefrenable, Vera! ¡He de hacerlo!

-Eres su instrumento.

-Exacto. Soy su instrumento... Hasta luego.

-Sí. Ve a cumplir tu cometido. ¡Suerte, Barry! -le besó suavemente en los labios, automatizada por apagados reflejos-. Te esperaré. No tardes, querido.

-Adiós, amor.

Vera se dejó caer en la arena. Apoyó la espalda en una duna. A su lado, inútil, refulgían las metálicas partes del protofusil. Los pasos de Barry se alejaron camino del caserón secreto. El gran refugio de los terrícolas abismados en logros científicos. No le martirizaba la necesidad de acompañarlo. Después -cuando llegase ese *tiempo indefinido*- volvería a tenerlo para sí.

Se quedó muy quieta, tranquila, contemplando la Luna hierática y fría, que pendía de un invisible hilo en el espacio. Luego bajó la vista y miró al océano, a la ancha masa ondulante que ocultaba la nave del otro confín del cosmos. El *mensaje* había pasado, íntegro, a Barry Town, cuyos pasos murieron ahogados por la distancia.

El joven penetró en la fortaleza. Finalmente sin proferir sonido alguno, anduvo en busca del ascensor. No acertaba a calificar cuál era su estado. Lo desconocía. Se sentía normal físicamente, sin perturbaciones.

Mas en la cabeza, ocupando la totalidad de su razón, zumbaba un sonido monocorde, denso, que dirigía cada uno de sus movimientos.

Hizo un sobrehumano esfuerzo para pensar. ¡El *arma suprema*! Entendido. El ojo mágico del ascensor parpadeaba con destellos azulados.

Accionó el control de salida, y desembocó en el corredor. Al final, se hallaba la cámara.

Rápido, certero conocedor del terreno, Barry pulsó el resorte exterior de seguridad. Un chasquido en falso denotó que la puerta no había sido asegurada. ¿Por qué? ¿Cómo omitió el profesor Mitchell la elemental medida? El zumbido gobernó sus actos. Franqueó el umbral y parpadeó, herido en la vista a causa de la profusa luz reinante, cuyo contraste con la oscuridad anterior se ofrecía acusadísimo.

-Hola, ingeniero Town -saludó la voz familiar del sabio-. ¿Alguna noticia?

Barry se revolvió en dirección al lugar del que brotaba el sonido. ¡Mitchell! Un grito de aviso resonó dentro de su cabeza.

Realmente, no tenía motivos para desconfiar del profesor. Eran, en cierto modo y guardando siempre las distancias jerárquicas, amigos. Además, nada de raro había en el hecho de que se encontrase en la cámara. Se recluía allí muchas veces, casi de continuo, buscando la investigación tranquila del laboratorio y permaneciendo hasta altas horas de la madrugada.

Entonces, sin embargo, todo era diferente. Diametralmente opuesto a lo cotidiano. ¡Mitchell le estorbaba! ¡Interrumpía sus propósitos!

En su anónima calidad de instrumento, recibiendo con potencia el *mensaje* de José... ¡tenía que deshacerse del impedimento enseguida!

-¿No responde? -insistió el viejo.

-Mmmm... Apareció.

Soltó la contestación con brusquedad, adusto. Tal vez por ello, Mitchell no captó el significado.

-¿Vera? -inquirió con asombro.

-Sí, sí... La dejé en la playa.

-¡La dejó en la playa! ¿Por qué no la ha traído con usted?

-Yo tengo trabajo. Ella esperará a que termine.

-¡Town! -exclamó Mitchell abandonando el asiento y la prueba ferruginosa que examinaba hasta entonces mediante el completo microscopio electrónico-. ¿Sabe lo que está diciendo? Le encuentro muy raro... ¿Desvaría acaso?

-No moleste, profesor. Y váyase. ¡Váyase a dormir!

-Oiga... ¿qué le pasa? ¿A qué vienen sus miradas recelosas? ¿Es que

no me conoce?

-Demasiado. Usted es el alma de un invento terrible perpetrado por el profesor Loak. ¡Doscientos años para llegar a la destrucción absoluta! ¡Imperdonable!

Mitchell, pese a su confusionismo, entrevió la posibilidad de que el suceso de Vera hubiese afectado a su razón. ¡Barry Town se comportaba como idiotizado! Intentando ayudarle, se aproximó al joven.

-He dicho que se vaya... ¡Largo de aquí!

-Aquiete sus nervios... Por favor muchacho; tiene que acompañarme al cuarto del doctor Claim... Necesita...

-¡Sé bien lo que necesito!

Sin previo aviso, furioso y demoledor, el puño de Barry salió disparado con la contundencia de un cañonazo atómico ¡Crack! Mitchell no esperaba el ataque y la confianza resultó nefasta para él. Encajó el golpe en plena barbilla.

El impacto le proyectó hacia atrás, violentamente, y su cabeza chocó con la pared blindada de la estancia. Puso los ojos en blanco y, sin exhalar ni un suspiro, se desplomó como un fardo. Barry Town, aterrado por lo que acababa de realizar, estuvo mirándole mientras el horror desorbitaba sus ojos. ¡Había pegado al profesor! ¡A su venerado maestro! ¿Cómo pudo hacer tal cosa?

Impulsivamente, arrepentido de veras, fue a lanzarse para prestarle auxilios. Había iniciado ya el movimiento, cuando una extraña tensión muscular se apoderó de él... ¡y lo detuvo! ¡Le dejó paralizado! De pronto, sintió la impresión de que no era un ser humano de carne y hueso, sino una estatua. Un *robot* orgánico. Un objeto controlado a placer.

Con tardía comprensión, lentamente, volvió su cerebro la idea inicial y perentoria. ¡Instrumento! He aquí su verdadera categoría. Instrumento de algo o de alguien endemoniadamente dominador. Apartó la vista del inmóvil Mitchell, y miró en torno.

Recorrió las paredes, los cientos de retortas y tubos de ensayo del laboratorio. Las anaquelerías atiborradas de muestras, carpetas de pruebas y resultados de análisis. Los estantes donde se archivaban microfilms y grabaciones sónicas. ¿Qué buscaba? Al fondo, oscura, descubrió la puerta reforzada de comunicación. ¡La Sala de Control del *arma suprema*! ¡Éste era

su objetivo!

Antes, empero, la fuerza impulsora que regía sus actos le obligó a caminar en línea recta hacia el departamento de seguridad empotrado en la pared. Conocía, como los demás del equipo -ya que se trataban de científicos favorecidos por la confianza del Uniman- los combinorregistros que abrían el grueso portillo.

Anduvo hacia allí, en línea recta, presuroso. Los dedos fuertes y ágiles pulsaron el cuadro. ¿Qué necesidad le impelía a abrir la segurocámara? El portillo giró, encendiéndose automáticamente la luz fosfórica que alumbraba el interior. Fajos, rollos de celulosa impresionados, discos...

La mano hábil, sin titubeos, se apoderó de los documentos relativos a la planificación, fórmulas y cálculos complementarios del *arma suprema*. Los retuvo con fuerza, apretando el puño. Acto seguido, cerró el portillo y se encaminó a la puerta de comunicación. Mitchell, inconsciente, no había movido un solo músculo.

Entró en la sala. Dio luz. La máquina -el impulsor súper perfecto- centelleó igual que dotado de propio fulgor.

Arrugó los costosos documentos sin la menor consideración y los embutió en un bolsillo. El *mensaje* llegó tan duramente que le hizo respingar. Una especie de punzada fuerte, imperativa, le recordó los tres elementos básicos de la máquina: activador, turbómetro y trassler.

Sin ellos el *arma suprema* carecía de eficacia.

El trassler, especialmente, impediría que el proyectil estallase. Aparte de que el proyectil, sin impulsor, no servía de nada. Lo crearon de esta forma para evitar que pudiera ser copiado en el caso de caer los cohetes en manos enemigas. ¡Iba a destruir la máquina! ¡Sería como arrancarle *el corazón*! ¿Por qué? Un brote mental, acaso un remilgo oculto en el subconsciente, le hizo rebelarse contra la insensatez. Quiso gritar algo, retroceder... Un latigazo que flageló sus centros cerebrales le obligó a gemir de dolor. Luego, tambaleándose, cayó sobre la máquina... y aflojó el tensomador de vanadio platinoniquelado que cubría el mecanismo. ¡Fuera la protección!

El sudor perlaba su frente. Oía, muy apagado, el jadeo casi estertoroso que escapaba de sus labios. Trabajaba febrilmente, con los dedos tan sensibilizados que más bien parecían instrumentos de estesiometría.

Aprisa. Diestramente. Arrancando cables, tirando de las

microconexiones y aflojando sustentadores.

El turbómetro, empapado de lubrificante, fue retirado del hueco de acoplamiento. Levantó los amortiguadores, dobló -¡tal era su ansiedad!- los bornes polarizados del eje ortor... ¡y extrajo el trassler! ¡Dos tercios del trabajo realizado!

Le pareció escuchar un sonido reptante en el exterior, en la antecámara-laboratorio. No concedió importancia al hecho. La fuerza abrumadora que apresaba sus sentidos no permitía ni una leve distracción. Un chorro de combustible oleoso le bañó el rostro. Tras el chorro, resbaladizo y sumamente delicado... ¡apareció la pieza triarticulada del activador! ¡Tarea concluida!

Sí. Acababa de dar cima a la empresa. ¡Bien! Y ahora... ¿qué?

Los fundamentales documentos en su bolsillo. Las partes vitales del impulsor en las manos. ¿Qué pretendía con todo ello? ¿Un acto de barbarie? ¿Una salvajada incalificable...?

Sssss... Fue un siseo. Una cosquilleante *conexión* que partía de la nuca oprimía la parte alta del cráneo y repicaba contra la masa blanda de las meninges, aquellas delicadas membranas que envolvían el encéfalo y la médula espinal.

Comprendió -*porque se lo hicieron saber*- que debía abandonar la sala. Allí había finalizado su misión. Abajo, en la planta, se hallaba el feroz horno crematorio. ¡Cenizas para los planos y fundición para las piezas! ¡Ésta era la orden tajante que encerraba el *mensaje*!

Obedeció. Con las manos sucias de aceite apretó los instrumentos contra el pecho. Eran pesados. Compactos. Durísimos, a fin de evitar el pronto desgaste por las terroríficas fricciones que soportaban. Llevaba el rostro tiznado. Los planos afloraban del bolsillo.

En el laboratorio, acaso por instinto, echó una ojeada al lugar donde Mitchell debía hallarse inconsciente. Pero Mitchell... ¡no estaba!

El descubrimiento le dejó frío. ¡No estaba allí! Sintió un súbito pánico. Recordó el sonido reptante. Quizá el viejo profesor, imponiendo la voluntad a las fuerzas físicas, salió a rastras para advertir a los demás. ¡Sembraría la alarma! ¿Qué podría decirles si le pillaban con las manos en la masa? ¿Cómo justificar su vandálica actuación?

Pensó que no habría llegado muy lejos. El puñetazo y el golpe contra

la pared bastaban para conmocionar a cualquiera. Quiso echar a correr en pos de Mitchell; pero, de nuevo, sufrió una paralización formidable.

No. No le era permitido ir. Así lo exigía el *mensaje*. ¡Detenido! Ante todo, y por encima de cualquier cosa, lo más importante consistía en destruir sus tesoros arrancados a la caja y al impulsor. Salió corriendo sí, pero en dirección a la jaula del descensor.

Una vez dentro, accionados los controles, tuvo que apoyar la espalda en la pared. La cabeza le daba vueltas y una tensión insostenible destrozaba sus nervios. El parpadeo del ojo mágico advirtió que se detenía en la planta. Abandonó el intervehículo atropelladamente. Los brazos le dolían a causa del peso. No vio a nadie en torno. ¡Camino libre!

El horno electrónico, potentísimo para fundir residuos, se encendía en 20 segundos iniciando el proceso calorificador a 40 atmósferas. Barry depositó las piezas y los documentos en una bandeja e introdujo todo por la bocacha principal.

Elevó el volumen al máximo y la presión a 100 atmósferas. Al conectar, un rugido pavoroso, hiriente, invadió el recinto.

La mirada de sus ojos inyectados en sangre quedó presa ante el contador atmosférico y los termómetros de intensidad. Las agujas llegaron a la raya roja en 12 segundos, coincidiendo con la máxima curva sonora del rugido. Respiró con calma y exhaló un suspiro de alivio.

Del contenido de la bandeja quedaban cenizas supercarbonizadas... ¡y un liquido pastoso! ¿Quién sería capaz ahora de reproducir lo perdido sin antes dejar transcurrir un siglo cuanto menos? Nadie. Barry lo sabía a la perfección. ¡Nadie!

-¡Detenga eso, loco! -bramó Billy Mendoza a su espalda-. ¡Párelo!

Barry se revolvió como picado por un alacrán.

El rostro demudado de Mendoza era una máscara irritante de furor y cólera. Impulsivamente, se arrojó sobre los mandos del horno y cortó la entrada del fluido. Una actuación veloz, pero tardía.

Luego, enarbolando una de las palas anchas de tungsteno acérico, se enfrentó al ingeniero sin cesar de repetir:

-¡Loco, loco...! ¡Merece mil veces la muerte!

-¡Suelte la paleta, Billy!

El matemático arremetió contra él, ganado por la ira brutal que le

embargaba. Barry apenas tuvo tiempo de hurtar la cabeza al golpe de filo. ¡Se la habría partido en dos mitades! El canto, de esguince, pegó en el horno y pulverizó un manómetro.

Mendoza perdió el equilibrio al fallar la distancia que tenía calculada, y se tambaleó unos pasos por efecto del enérgico impulso. No. No soltaría la paleta. ¡Deseaba aplastarle el cráneo, porque el deseo brillaba en sus ojos oscuros! Barry, aprovechando que tenía el puño izquierdo bajo, sacudió un gancho en corto a su plexo solar.

El agredido perdió el resuello. Fue algo fulminante y medido. Un derechazo seco, para rematar la obra, lo envió de bruces al suelo. Barry Town, aturdido por la sucesión de impresiones, percibió la feroz latencia del *mensaje*. ¡ESCAPAR!

Ésta era la orden. Por ello, jadeando, dio media vuelta y corrió hacia el pasillo.

-¿Qué le ha hecho a Mendoza? -gritó Tomás Kerr interponiéndose en su camino-. ¡Ha perdido la razón, ingeniero! El doctor Claim asegura que...

-¡Déjeme en paz!

Barry lo apartó a un lado de un poderoso empellón. El físico cayó de espaldas, aterrorizado. Barry saltó por encima de él y enfiló el pasillo con toda la velocidad de que eran capaces sus temblorosas piernas.

-¡Quieto! -ordenó el doctor Claim, extendiendo hacia él la abierta mano derecha.

Estaba allí. Esperándole. Bloqueando la escapatoria. Y conocía aquel gesto dominante. ¡Vaya si lo conocía! A la perfección.

Hipnotismo. Eso pretendía Claim. Su huesuda persona, tiesa en medio del pasillo, adquirió el aspecto de una muralla infranqueable. Sus ojos llameaban. ¡Hipnotismo! Lo practicaba con éxito en el ejercicio de la profesión. ¡Quería adueñarse de su voluntad!

-¡Míreme, Town! Usted y yo tenemos mucho que hablar. ¡Míreme!

Barry no le hizo caso. Desvió la mirada y retrocedió hacia el otro extremo con la rapidez de un rayo. La onda mental que ordenaba sus reacciones le empujaba extraordinariamente al exterior de la fortaleza. ¡A la playa!

Debía volver. ¡Sentía *la llamada* como un acicate de duras espuelas! No lograba coordinar el remolino de sus pensamientos ni comprendía el por

qué de tantas zozobras. Ahora bien; había algo claro. ¡Clarísimo!

Inutilizó el impulsor. Quemó los planos. Atacó a Mitchell, a Mendoza y a Kerr. Eludió a Claim. Corría... ¡Corría absurdamente frenético! ¡Ardiendo de pasión, abrasándose por deseos de regresar junto a Vera!

Al huir del doctor, se vio obligado a tomar una dirección equivocada. La más larga. Tendría que dar un fatigoso rodeo. Atravesaría la planta por el almacén general de utensilios y utilizaría la puerta posterior. ¡No importaba! Lo esencial, lo bestialmente apremiante, era salir. ¡Salir de la fortaleza! ¡De la gran ratonera!

Chass Lipton, valiéndose de la escalerilla de emergencia le atajó en plena huida mientras corría por la faja de cemento que dividía el almacén.

El asesor militar, tal vez aleccionado por sus camaradas, adivinó la verdadera intención y se propuso cazarlo antes de que consumase el hecho. Barry le vio, a mitad de escalera... ¡con un protofusil fuertemente asido y dispuesto al disparo!

-Alto... ¡o le achicharro! -conminó.

Actilenio radiactivo. Cada impacto equivalía a la pérdida de una zona vital del cuerpo. Pero... ¿y si disparaba a la cabeza? La suerte estaba echada. ¡Barry pasaría a la condición de decapitado radical!

Se detuvo. El jadeo resecaba sus labios y convertía el fuelle del pecho en algo cavernoso. Chass Lipton -¡su sarcástico y punzante adversario!- tenía ahora el látigo por el mango. La vida de Barry dependía del dedo caprichoso que oprimiría el disparador.

La detención duró apenas medio segundo. Lo justo para escrutar en torno. Embalajes, metal en lingotes, maquinaria elemental, tanques de almacenaje... Barry no lo pensó demasiado. ¡Se zambulló hacia adelante, buscando un precario y momentáneo cobijo!

SSSS... ¡BANG! El protofusil escupió un salivazo rojiblanco. Una andanada de radiactividad inerte junto con el devastador explosivo actilénico, hizo volar en todos los sentidos los tubos y poleas de una devanadora automática. ¡Y Barry se había refugiado debajo!

-Salga de ahí... ¡y no sea estúpido! -vociferó Lipton-. Le tengo a tiro, porque desde esta altura domino todo el almacén...

Lo sabía. Barry no dudaba de su afirmación... ¡pero la onda le gobernaba a su antojo!

Ahora, la potencia perceptiva de la misma se había triplicado, quintuplicado... ¡centuplicado más bien! Notaba un calor sofocante invadiendo su cuerpo todo. Sentía renovada y pujante vitalidad. Una fuerza y agilidad desconocidas. Fuera lo que fuese... ¡le dotaba con recursos de superhombre!

Lipton, en efecto -y gracias a su posición en la escalera- dominaba la extensión de la nave. Por ello Barry, siempre tratando de zafarse de su vista, se arrastró entre las torcidas patas de la lanzadera y se acogió al escudo de una pileta de lingotes.

-¡Salga, he dicho!

-Sáqueme usted, valiente... ¿Por qué no deja el protofusil y viene a medirse conmig...?

SSSS... ¡BANG! La base de sustentación de los lingotes se fundió al recibir la estruendosa descarga... ¡y toda la pirámide se precipitó violentamente!

Entre rebotes metálicos, parando la lluvia de mazazos que se le venía encima, Barry corrió agazapado hasta un gran cajón de duro plástico vitrificado. Antes de que Lipton pudiese localizarlo se escabulló, en zigzag, por el lado de un tanque.

Los pulmones le escocían por el reiterado esfuerzo. Eran dos volcanes silbadores y estallantes. Tuvo que detenerse, pegado a la pared del tanque, para recobrar el aliento. Entonces -¡lo recordaba con precisión!- un salvaje espíritu de lucha le poseyó. Algo inconcebible e inexplicable.

-¡Voy a bajar! -advirtió Chass Lipton-. ¡Le haré pedazos, Town! ¡Se lo prometo!

-No es preciso. ¡Aquí me tiene, héroe! ¡Soy todo suyo!

¿Por qué abandonó la protección del tanque?

¿Qué mano misteriosa le empujó hacia el pasillo? No lograba razonar los hechos... ¡pero las consecuencias serían indiscutibles! ¿Dónde iba él, pobre indefenso, retando a Lipton? Una sonrisa de triunfo curvó la boca crispada del asesor militar. Se echó el protofusil al hombro y apuntó...

La mente censuraba su estúpida actitud. ¡Todo su ser le reprochaba la insensatez cometida al salir fuera del tanque! Pero de pronto, antes de que Lipton oprimiese el disparador para enviar la radiación que le pulverizaría... ¡el dedo índice de Barry se transformó en un fantástico cañón eléctrico!

Un relámpago sinuoso y cegador voló hacia Chass Lipton. ¡Y lo envolvió en un haz verdoso, violentísimo, encogiéndole primero y arrojándolo después a varios metros de distancia con la sencillez de una pelota de goma! ¡Eliminado!

Un penetrante olor a azufre saturó el almacén. Lipton, caído en el suelo, sufrió un par de convulsiones y quedó inmóvil. El protofusil permanecía arriba, en el rellano del último tramo de la escalerilla.

La inmediata intención de Barry fue aproximarse para constatar la importancia del daño causado. Sin embargo, el agente tele-neuropsíquico que le gobernaba, imprimió un estímulo distinto a sus movimientos, recordándole la inexcusable obligación de abandonar la fortaleza.

Al tiempo que obedecía presuroso, tuvo la certeza absoluta de que Lipton no había perdido la vida a pesar de la extraordinaria descarga. Recordó que también él había padecido los efectos cuando irrumpió en la alcoba de Vera para atacar a José...

El pensamiento tuvo la virtud de suavizar el cansancio. ¡Vera! Ella le esperaba en la playa.

Los pies se movieron veloces, accionados por las atléticas piernas. Corrió hacia la puertecilla posterior. El terreno estaba libre. Despejado.

En el exterior, aspirando con glotonería las vivificantes bocanadas de aire saturado de aromas de mar, Barry sintió alivio, igual que si la opresión dolorosa se desvaneciera. Y corrió. Corrió una vez más. ¡Vera aguardaba!

Se encontraron en la cala. Un abrazo ansioso, posesivo, terminó en rúbrica feliz la sofocante carrera. Después, calmándose paulatinamente, ambos se sentaron sobre la arena y unieron de nuevo los labios.

-Serénate -pidió ella al poco-. Todo ha pasado. Hemos evitado la amenaza de muerte que gravitaba en torno al espacio. El universo, y todos sus sistemas astrales, se han salvado. ¿No es maravilloso saberlo?

-Pero... ¡Oh, Vera! ¡No sé qué diablos de fuerza me manejó como a un muñeco...!

-Yo sí.

-¿Lo sabes?

-José -murmuró-. Ha sido él. Lo *he visto* todo. Tuvo esa delicadeza para conmigo, tal vez deseando que no me intranquilizase por tu suerte... fue igual que un sueño. Imágenes pletóricas de emoción, querido. Ahora, vendrá a

recogernos... para llevarnos... muy lejos. A otra Tierra. ¿Quieres acompañarme?

-¡Chiquilla! -exclamó Barry-. Naturalmente. ¡Donde tú vayas! ¿Cuándo...?

-Pronto. Esperaremos un momento... a los demás. Están al llegar.

-¿Los demás? ¿Quiénes?

-El profesor, Mendoza, Kerr... Todos ellos. Nuestros amigos y compañeros de trabajo. José nos teleportará en masa a su astronave. Después... ¡iremos a Tyzo!

-¡Qué extraño nombre!

-Es un planeta. Nuestro *nuevo* mundo. Allí viviremos... hasta el resto de la vida.

-Háblame de Tyzo, por favor. ¿Dónde se encuentra?

-En la otra curvatura del universo...

Sí. Fueron llegando. Ajados de ropas, inexpresivos, con aspecto de autómatas. Chass Lipton, cuyos ojos mortecinos brillaban fríamente dentro de los semientornados párpados, se retrasó un poco más. Anduvo renqueante hasta ellos. Y cuando el grupo quedó reunido... ¡ZASS! ¡Desapareció!

La arenosa costa y las palmeras volvieron a quedar solitarias. José cumplía, una por una, sus asombrosas promesas.

Y fueron las palmeras, cimbreantes centinelas del lugar, quienes asistieron al extraño vuelo de una astronave tan dorada que parecía enteramente de oro macizo.

Afloró de las entrañas del mar y se perdió, vertiginosa, en lo alto del cielo terrícola. La ascensión no abarcó ni el leve tránsito de un segundo. Entonces, por oriente, empezaban a llegar las escuadrillas de protección que enviaba el Uniman para defender a la isla sin nombre. Tras ellas, vendrían las fuerzas navales y las tropas de tierra. Un respetable y fortísimo aparato bélico. Sin embargo... ¿había ya algo que defender en *Pacific 608*?

Los huéspedes de José contemplaron el aterrizaje a través de la telepantalla de observación cosmológica. Se hallaban a una distancia espacial doble del equivalente astronómico Tierra-Marte. El rojo planeta marciano, igual que una cabeza de alfiler, se perdió en la curvatura primaria del Cosmos cuando arrumbaron Mercurio. Cada segundo devoraba una distancia fabulosa.

José, la criatura estelar, les explicó con su voz de bajo profundo.

-La isla será evacuada en breve. He inculcado esta idea en las mentes de los dirigentes militares... Creo que en mi estrella preferirán un final exento de tragedias. Dentro de un par de *cáboes*, lo que ustedes designan por semanas, entrará en acción el autodeflagrador conectado con la base roqueña de la isla. Su refugio secreto, estimados terrícolas, se hundirá para siempre en el mar. Y con él... hasta el último vestigio del *arma suprema*. No; no me alegra. Pero he cumplido con mi deber y ustedes, a su modo... con el suyo. Todos estamos en paz.

Vera Tardow y Barry Town apenas escuchaban las declaraciones. Se hallaban muy atareados. Unidas las manos, fijos los ojos en una mirada de amor y palpitantes, al unísono, los jóvenes corazones.

Además, necesitaban aprovechar el tiempo y forjar sus planes para la vida futura en Tyzo. La nueva Tierra, lejanísima pero gemela los acogería con maternal cordialidad. Esto dijo José.

Y las palabras de José, desde siempre, eran promesas ciertas.

F I N

169

Una novela fantástica... que pudiera ser perfectamente real:

"ERATOM 225"

Nunca el

PROFESOR HASLEY

ha combinado tan asombrosamente la fantasía y la realidad como en este emocionante relato de lo que puede ser el año 225 de la Era Atómica.

La emoción, el «suspense», el asombro son los tres elementos que se conjugan en

"ERATOM 225"

para producir en el lector un impacto imborrable.

Una novela con un tema original y estremecedor, realizada con la técnica inconfundible del

PROFESOR HASLEY

Próximamente se publicará en la apasionante Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú, 924. Bs. As. $ 10 m./n.

Notes



Planetoides gigantes. Recomendamos la lectura de *La nave de plata* y *Los aventureros de Júpiter*, donde se ha realizado un detenido y autorizado estudio astronómico sobre ellos.


[←2]

En la colección se presentó un revolucionario trabajo sobre teleportación bajo el título de *La diosa de venusio*. Aconsejamos su lectura con interés, ya que sobre este tema apenas se ha publicado nada en nuestro país.